

Históricas Digital

Patricia Escandón

“Historias y escritos misionales de la Compañía de Jesús en el norte novohispano (siglos XVII-XVIII)”

p. 1295-1354

Historiografía mexicana. Volumen II. La creación de una imagen propia. La tradición española
Tomo 2: Historiografía eclesiástica

Juan A. Ortega y Medina y Rosa Camelo
(coordinación general)

Rosa Camelo y Patricia Escandón
(coordinación del volumen II)

México

Universidad Nacional Autónoma de México
Instituto de Investigaciones Históricas

2012

1455 p.

ISBN-13 978-968-36-4992-8 (obra completa)

ISBN-10 968-36-4991-2 (obra completa)

ISBN-13 978-607-02-3388-3 (volumen II)

Formato: PDF

Publicado en línea: 13 de diciembre de 2019

Disponible en:

http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/317_02_02/historiografia.html



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

D. R. © 2018, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



HISTORIAS Y ESCRITOS MISIONALES DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS EN EL NORTE NOVOHISPANO (SIGLOS XVII-XVIII)

PATRICIA ESCANDÓN*

La memoria popular registra a los jesuitas de Nueva España sobre todo por su labor como educadores de la juventud criolla y son muchos los que asumen, erróneamente, que sus enseñanzas dieron pie a la gesta libertaria de principios del XIX. En número inferior se cuentan ya los que tienen noticia de las posesiones terrenales de la Compañía: haciendas, inmuebles, colegios, etcétera, aunque carezcan de ideas claras respecto al uso que se daba a tales bienes. Y muchos menos son los que están al tanto de que los padres de san Ignacio tenían una extensa red de misiones en el norte, porque las fundaciones misionales que han llegado a ser mundialmente famosas son las de Paraguay, no las de Chihuahua o Sonora.

Independientemente de que en nuestro presente se recuerde o no este hecho, lo cierto es que los ignacianos tuvieron un papel descolante en el avance que la Corona española realizó en las tierras más septentrionales de aquel reino de fronteras difusas que se conoció como Nueva España.

Debido a su llegada comparativamente tardía (1572) respecto de la de otros institutos religiosos, para el desarrollo de su actividad misional los jesuitas se vieron precisados en principio, a esperar la ocasión y en segundo término, a buscar territorios distantes del área central del virreinato. Su oportunidad se presentó hasta 1589, cuando el gobernador de Nueva Vizcaya, Rodrigo Río de la Loza, solicitó al virrey y al provincial de la Compañía que enviaran religiosos para la conversión de los indios de Sinaloa.

Desde 1591, en un radio creciente a partir de la villa de San Felipe y Santiago, la obra evangélica de la Sociedad de Jesús empezó a desarrollarse en el área de los ríos Sinaloa y Ocoroni, entre comunidades indígenas cazadoras-recolectoras.

En julio de 1594, un alzamiento de los indios de la región, que culminó con la muerte del padre Gonzalo de Tapia en el poblado de

* Centro de Investigaciones sobre América Latina y el Caribe, UNAM.

Teboropa, obligó a los ignacianos a replantear sus estrategias de conversión. Hasta entonces, los ministros habían trabajado haciendo visitas a aldeas y villorrios donde sus neófitos convivían con indios gentiles y con colonizadores españoles; los religiosos no tenían una autoridad o control efectivos sobre sus catecúmenos ni podían vigilar o regular su comportamiento o hábitos. Los asentamientos no eran estables, pues la aparición de una sequía o de un brote epidémico hacía que los indígenas se dispersaran y volvieran a sus prácticas de vida trashumante. Para empeorar las cosas, en 1601, el titular del virreinato, conde de Monterrey, determinó suspender la asignación que proporcionaba a los jesuitas para su sostenimiento, porque los frutos de la labor desarrollada en diez años no le parecían satisfactorios. Los ignacianos movilizaron sus influencias en la corte y consiguieron que el virrey diera su anuencia a mantener el subsidio para la obra evangélica, pero siempre condicionado a que los resultados mejoraran.

Por las razones referidas, los padres de la Compañía diseñaron un nuevo plan de trabajo que culminaría con el surgimiento del modelo conocido como “misión”. Éste consistió en dotar a las comunidades indígenas de una firme base económica (sustentada en el cultivo de la tierra y en la cría de ganado) que permitiría mantenerlas unidas y asentadas en un solo sitio, aun en temporadas de escasez de mantenimientos. Para tal fin se requería el trabajo regular y disciplinado de los indios, bajo la supervisión y control de un religioso provisto de autoridad suficiente para conducir el proyecto. En la misión sólo residirían indígenas cristianos o en proceso de cristianización; su contacto con españoles o indios gentiles en principio no estaba permitido y, de darse, siempre se haría por intermedio del ministro, a fin de preservar a los catecúmenos de potenciales abusos e influencias nocivas.

El trabajo de los indios de la misión serviría en primer término para su propio sustento y, con los excedentes que produjera, se emprenderían y mantendrían nuevas fundaciones, al menos, el tiempo necesario para hacer de éstas empresas autosuficientes. Se suponía que en el término de una década cada una de estas unidades misionales estaría lo bastante “madura” para que el misionero la entregase en manos de un cura párroco; se pensaba, en suma, que en dicho plazo sus indígenas estarían cristianizados, incorporados a la cultura de los colonizadores y en condiciones de pagar diezmos y tributo. En los hechos, las cosas no se dieron así, pero el caso es que el sistema funcionó y que permitió una moderada expansión de la colonización española sobre Sinaloa, Sonora, Chihuahua y Baja California. El régimen misional perviviría durante 150 años, para desmoronarse virtualmente con el extrañamiento de la Compañía de Jesús.



De esta empresa de dominio territorial y espiritual, los propios jesuitas dejaron testimonio en escritos de distinto género. A partir del siglo XVI y durante las más de dos centurias que permanecieron al frente de sus fundaciones, los ignacianos se dieron tiempo no sólo para atender a sus neófitos y para hacer prosperar la base patrimonial de sus establecimientos misionales, sino también para explorar y reconocer nuevos territorios, para negociar términos de convivencia pacífica con grupos indígenas y autoridades españolas y, finalmente, para redactar registros, crónicas, memoriales, cartas, informes y relaciones de sus logros y avances, de sus observaciones, de sus descalabros.

Ciertamente, los misioneros norteños de la Compañía eran predicadores evangélicos y, con ello, vehículos transmisores de los patrones de la cultura occidental, carácter que compartían con dominicos, franciscanos, agustinos y otras corporaciones de regulares. Sin embargo, hay un rasgo que sí los singulariza respecto de los demás institutos y éste es que contaban entre sus filas a numerosos sujetos que conformaban una especie de elite intelectual, hombres que habían sido formados en la mejor educación superior que podía proporcionar Europa en aquel tiempo. Pues, como bien se sabe, al lado de los novohispanos y españoles, hubo alemanes, italianos, austriacos, polacos, checos, etcétera, que, además de haber tomado las sagradas órdenes, eran —en multitud de casos— cultivadores asiduos de la música, las matemáticas, la botánica, la astronomía, la cosmografía y otras disciplinas y artes liberales, esto es, que era gente familiarizada con el conocimiento científico y con la educación ilustrada. De ahí que, a diferencia de los misioneros de otras corporaciones, los jesuitas dejasen muy a menudo constancia de su actividad doctrinal, junto o complementariamente con textos que describen o estudian el mundo social y natural circundante.

Entre la voluminosa producción escrita que de sus andanzas en el norte nos heredaron los ignacianos —criollos, españoles, europeos de otros países— hay historias o crónicas formales: una muy temprana, la de Andrés Pérez de Ribas (Sinaloa, siglo XVII) y otra de José Ortega (Nayarit, mediados del XVIII). Otras más, como la de Venegas-Burriel (Baja California, 1757) que bien pueden adjetivarse de “gabinete”, pues sus autores jamás pisaron tierras de misión y que, además fueron “añadidas” y corregidas manos adicionales e igualmente ajenas a la región. Y, aunque no fuese el propósito primero del autor, quizá en este mismo rubro cabría incluir la obra de Miguel del Barco (1773-1780), que empezó como una mera corrección a las imprecisiones del libro de Venegas-Burriel y que acabó siendo una nueva e interesantísima historia bajacaliforniana.

Este mismo legado jesuítico incluye una gran masa de informes y correspondencia, oficial y personal, relativa a las nuevas fundaciones y a los avances y exploraciones, como los de Salvatierra, Píccolo, Bischoff, Consag, Ducrue, Link, etcétera, Hay, además, diarios-crónicas, como el de Kino, que sobre todo dan cuenta de lo inmediato; tampoco faltan las relaciones de alzamientos y sublevaciones indígenas, como las de Neumann y Taraval. No menor es la cantidad de páginas que recogen las experiencias cotidianas de “campo”, las valoraciones sobre el mundo indígena y otras diversas cuestiones inherentes a la actividad misional, que fueron escritas a muchos años y kilómetros de distancia de los sucesos y los escenarios por los jesuitas exiliados en Europa, como sería el caso de las de Pfefferkorn, Del Barco y Baegert.

De todo esto, que sería imposible tratar aquí en detalle, se presenta una selección de lo que he considerado más importante o más representativo.

NAYARIT

JOSÉ ORTEGA (1700-1768)

Criollo, nacido en Tlaxcala el 15 de abril de 1700. Tal vez el que su hermano mayor, Miguel, hubiera profesado en la Compañía en 1702 —incluso llegaría a ser rector del Colegio de Zacatecas—, influyó en algo para que José decidiera ingresar al noviciado de Tepozotlán el 23 de abril de 1717. Concluidos sus estudios, los superiores lo enviaron a las misiones de Nayarit, donde sirvió más de 30 años. En esta región tomó su cuarto voto el 2 de febrero de 1735.

A fuerza de trabajar entre los indios nayaritas, Ortega llegó a dominar su lengua; este conocimiento lo plasmó en una *Doctrina cristiana, oraciones, confesionario, arte y vocabulario de la lengua cora* (1729),¹ que se publicó por auspicios de la jerarquía episcopal.

Hacia 1750 era misionero del pueblo denominado Jesús, María y José. Quizá aquí mismo reunió los materiales y escribió su crónica titulada *Apostólicos afanes de la Compañía de Jesús* que, al parecer, concluyó en 1752.

¹ José Mariano Beristáin de Souza, *Biblioteca hispanoamericana septentrional*, 2 v., México, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Estudios y Documentos Históricos, 1981, II, p. 408. Hay quien le atribuye también la autoría de un *Vocabulario en lengua castellana y cora* (1732), *vid.* Juan López de Escalera, *Diccionario biográfico y de historia de México*, 3 v., México, Ediciones del Magisterio, 1964, II, p. 801.



Al tiempo de la expulsión, el padre Ortega vivía ya retirado de las tareas misionales, en el colegio del Espíritu Santo en Puebla, donde era capellán. De ahí salió, junto con otros 48 compañeros rumbo a Veracruz, y zarpó para el exilio a bordo de la fragata *Buen Suceso*, el 27 de noviembre de 1767.

Estuvo cautivo en el puerto de Santa María algunos meses; pronto enfermó y falleció el 2 de julio de 1768.

La obra

Sin que sepamos exactamente quién o quiénes hayan llevado el manuscrito a España, la crónica *Apostólicos afanes de la Compañía de Jesús* se editó en Barcelona en 1754, a escasos dos años de que el padre Ortega pusiera punto final a su texto. El volumen lo preparó para prensas Francisco Fluvía, S. J. Empero, no fue suscrita con el nombre de Ortega, sino con el de “un padre de la misma sagrada religión”, hecho que luego daría pie a dudas y confusiones sobre la identidad del autor y que hasta el día de hoy no han acabado de esclarecerse.

Unos cincuenta años después de la edición, José Mariano Beristáin la atribuyó primero al jesuita Juan Francisco López, sólo para rectificar más tarde y adjudicársela a Ortega. Sin embargo, como se ha dicho, persisten las incógnitas respecto a la autoría de la crónica. Dado que el escrito consta de tres libros que no tienen secuencia argumental, sino que abordan cuestiones disímbolas, se conjetura que Ortega no es el autor de todos. Ya no se discute que el padre José haya preparado el primero, relativo a Nayarit, y cuya valía radica en gran parte en que no hay otro testimonio histórico de la región para el periodo comprendido entre fines del XVII y mediados del XVIII. En cambio, no está tan claro que Ortega haya escrito el libro segundo, que trata sobre la historia de la Pimería (Sonora), desde los primeros contactos hasta la época de la muerte de Eusebio Francisco Kino; o el tercero, que refiere los sucesos ocurridos entre 1711 y 1752 en la Pimería y California. Estas dos partes se le han atribuido, con ciertos fundamentos, al misionero de Sonora, Johann Anton Balthasar o Juan Antonio Baltasar, en su forma hispanizada. Aunque, últimamente (1996), una edición de Thomas Calvo y Jesús Jáuregui adjudica la autoría de todo el libro a Francisco Javier Fluvía, que antes se tenía sólo por editor.

Sea de ello lo que fuese, el libro primero —el que hoy en día se considera obra de José Ortega— lleva por título: “Maravillosa reducción y conquista de la provincia de San José del Gran Nayar, nuevo reino de Toledo” y presenta el siguiente contenido: los tres primeros capítulos,

de estilo ágil, describen el territorio, los orígenes, la historia, las costumbres y los ritos de los indios nayaritas. Del cuarto al séptimo se refieren las primeras entradas españolas a la zona y los intentos iniciales de evangelización a cargo de los franciscanos de la provincia de Santiago de Jalisco, todos estos acontecimientos del siglo XVII. Los capítulos ocho y nueve sirven para destacar los méritos de la Compañía de Jesús y para relatar el arribo del padre Tomás Sochaga, S. J., a la región. Los capítulos 10 a 16 narran las campañas militares emprendidas contra los belicosos nayaritas y su conquista final (1721). Los apartados 17, 18 y 19 hablan de la organización política y misional que los españoles implantaron en la región. Los capítulos 20 a 24 se dedican a hacer relación de algunos brotes de rebeldía entre los nayaritas. El penúltimo y último apartados son una extensa apología del trabajo misional de los jesuitas, que, según Ortega, mantenía sosegado y en “felicísima” condición al Nayar.

El libro segundo, “De los principios, progresos y decaimiento de la espiritual conquista de la provincia de la Pimería Alta por la muerte del padre Eusebio Francisco Kino” es, como se dijo antes, una historia de la entrada y avances de la Compañía de Jesús en Sonora. En cuanto al tercero: “De nuevos progresos, varios descubrimientos y estado presente de la Pimería Alta”, se trata de una continuación del anterior, con algunos agregados relativos a la Baja California (como las exploraciones del padre Fernando Consag, en los años cuarenta del siglo XVIII) y a las incursiones apaches en territorio sonorense. También incluye un relato del alzamiento pima de 1751 y de los asesinatos de los misioneros de Sonoita y Caborca. Como los asuntos sobre los que versan estos dos libros fueron también objeto de tratamiento por otros historiadores-misioneros de Sonora y Californias, no parece indispensable desglosar más su contenido.

Aparte de sus observaciones directas y de las comunicaciones verbales o escritas de otros misioneros, es difícil precisar las fuentes que Ortega utilizó para la confección de su obra; entre las editadas, sólo aparecen referencias a la del franciscano Vetancurt. En los libros segundo y tercero de los *Apostólicos afanes*, se aprecian claramente los testimonios directos de jesuitas que participaron o atestiguaron los sucesos que se refieren, o bien, que actuaron como informantes, por vía epistolar, de tales acontecimientos.

La crónica de José Ortega —en el supuesto de que lo que aquí se describe como una unidad sea efectivamente suya— es un intento de abarcar de modo panorámico el trabajo de los ignacianos en el noroeste desde los años ochenta del XVII hasta 1752. En vista de que no se detiene mayormente en descripciones de la naturaleza ni de las etnias de la región (aunque en el primer libro dedique un poco más de espacio a



este último asunto), se entiende bien que el propósito es enaltecer los méritos del sistema misional en la lucha por civilizar y cristianizar a los grupos indígenas del septentrión. Así, las dos grandes temáticas de su escrito son, en orden de prioridad: primero, la conquista espiritual y segundo: la conquista militar de la región.

En este sentido, el trabajo de Ortega, como los de otros jesuitas que escribieron antes del año de la expulsión, tiene más el carácter de informe o memorial, que el de historia. Su relación, empero, es amena: incluye pasajes anecdóticos y algunos apuntes relativos al carácter y costumbres de los indios nayaritas. Esto, sumado a un estilo fácil y ligero, hace extremadamente amable su lectura.

Ediciones

Apostólicos afanes de la Compañía de Jesús, escritos por un padre de la misma sagrada religión de su provincia de México, Barcelona, Pablo Nadal, 1754 [reeditado en 1794].

Historia del Nayarit, Sonora, Sinaloa y ambas Californias, que con el título de "Apostólicos afanes de la Compañía de Jesús en la América septentrional" se publicó anónima en Barcelona el año de 1754, siendo su autor el padre José Ortega. Nueva edición aumentada con un prólogo escrito por Manuel de Olaguibel, México, Tipografía de E. Abadiano, 1887, IX+564 p. (Biblioteca Mexicana Histórica y Literaria).

Apostólicos afanes de la Compañía de Jesús en su provincia de México, pról. de Juan B. Iguíniz, México, Layac, 1944, 445 p.

[Francisco Javier Fluviá, S. J.], *Apostólicos afanes de la Compañía de Jesús en su provincia de México* [ed. facs.], prólogo de Thomas Calvo y Jesús Jáuregui, México, Centro Francés de Estudios sobre México y Centroamérica-Instituto Nacional Indigenista, 1996, 452 p.

SINALOA

ANDRÉS PÉREZ DE RIBAS (1576-1655) Y SU *HISTORIA* *DE LOS TRIUNFOS DE NUESTRA SANTA FE*

El trabajo de este jesuita —cuyos datos biográficos figuran en apartado previo— es la primera relación² y, sin duda, la más extensa, sobre las

² Existe una previa y muy breve "Relación de la provincia de Nuestra Señora de Sinaloa", que tal vez haya escrito Martín Pérez, S. J., hacia 1601. Fue publicada por

fundaciones ignacianas en Sinaloa (1591-ca.1640) y los establecimientos de avanzada en Sonora. El mismo Pérez de Ribas afirmaba que la redacción de este trabajo la había iniciado en México y la había concluido en Madrid, donde publicó el texto en 1645. Así fue, en efecto, el autor escribió borradores y organizó sus documentos en Nueva España, para darles forma definitiva en escasos dos años, ya en Europa.³ Como fuese, el tiempo que invirtió en el trabajo fue cortísimo para los parámetros de aquel entonces.

Se dice igualmente que, desde su aparición a mediados del siglo XVII, la obra disfrutó de una gran celebridad y ésta se atribuye no sólo al interés que entre el público español podía despertar el conocimiento de los pueblos “bárbaros” que vivían al norte de lo que hoy llamaríamos la frontera mesoamericana, sino al hecho de que, por vez primera, en casi 50 años, se difundían noticias sobre la actividad de los jesuitas en la zona de las misiones septentrionales de los dominios españoles.⁴

Aparte de su indudable valor informativo, que satisfacía tanto la inocua curiosidad de los legos, ávidos de novedades, como el interés mucho más pragmático de los funcionarios de la monarquía, encargados de diseñar políticas para el imperio, la *Historia de los triunfos de nuestra santa fe* fue también una obra de “ocasión”, una apología de la importante labor civilizadora de la Compañía de Jesús en el norte novohispano, cuya manifiesta utilidad venía a rebatir las afirmaciones de sus enemigos. Aunque, como lo indican algunos estudiosos,⁵ es difícil creer que el propósito principal del voluminoso escrito de Pérez de Ribas se redujese sólo a esto, y mucho menos si tanto trabajo se orientaba al fin exclusivo de anatematizar al obispo don Juan de Palafox, por una mera cuestión local de poder.⁶

Es verdad que en el célebre pleito que tuvieron los jesuitas con el prelado —y del cual se da cuenta igualmente en el citado estudio previo—, Pérez de Ribas desempeñó un papel descollante como abogado y escritor, pero esta vena litigante no se manifiesta explícitamente en su *Historia*, como sí en cambio campearía en su otro gran escrito, la *Corónica e historia*. En realidad, los *Triunfos* es una obra de alientos

Edmundo O’Gorman en el *Boletín del Archivo General de la Nación*, México, t. XVI, n. 2, 1945, p. 173-194.

³ Ignacio Guzmán Betancourt, véase “Estudio introductorio” a Andrés Pérez de Ribas, *Historia de los triunfos de nuestra santa fe entre gentes las más bárbaras y fieras del nuevo orbe*, [edición facsimilar 1645], México, Siglo XXI, 1992, p. XXIV-XXV.

⁴ Guzmán Betancourt, *op. cit.*, p. XV.

⁵ Por ejemplo, Guy Rozat, *América, imperio del demonio. Cuentos y recuentos*, México, Universidad Iberoamericana, 1995, 189 p.

⁶ Así lo cree Ignacio Guzmán Betancourt, el prologuista de la edición de 1992.

y ambiciones mayores, que, en cierto sentido, la hacen copartícipe del espíritu de otras crónicas e historias religiosas, escritas desde fines del siglo XVI y a lo largo del XVII.

Por ejemplo, en el “Prólogo al lector”, Pérez de Ribas empieza por explicar la importancia de la obra misional (esto es, la predicación de la palabra divina entre fieles e infieles), actividad que considera muy propia de su instituto. Aunque la aclaración pudiera parecer extraña, no es en modo alguno gratuita, porque si alguna función tuvieron las corporaciones religiosas en América fue, justamente, la de evangelizar y adoctrinar y entre las críticas más frecuentes que a principios del siglo XVII se habían hecho a la Compañía de Jesús estaba la de no haberse dedicado a las conversiones vivas, tarea a la que, en realidad, lograron darse hasta muy tardíamente. Por ello, Pérez de Ribas se refiere también a los avances de las misiones jesuíticas de Oriente, aunque lo hace de manera breve, dado que su asunto principal es el de las Indias Occidentales y, en concreto, las cinco empresas misionales que hasta entonces se tenían en Nueva España: Sinaloa, Topia, San Andrés, Tepehuanes y Parras, todas en la provincia de Nueva Vizcaya.

El autor adelanta que su obra no puede desligar el relato de los hechos de armas del de los progresos de la cristiandad, pues a su juicio, entre ambos hay vínculos estrechísimos e indestructibles:

En la historia destas misiones están tan enlazados los medios de la divina providencia con los humanos y políticos, que no puedo ni debo desunirlos ni desatarlos y no dudo ser de gusto verlos juntos [...].

Y porque en nuestros siglos habemos visto mucho [...] obrado y ordenado por la dulcísima Providencia de Dios, que se sirvió de aquellas victorias que dio y consiguieron los católicos españoles y empresas que acometieron para buscar y descubrir nuevas gentes, tierras y riquezas, para por este medio introducir su pueblo cristiano en provincias incógnitas y apartadas y por este mismo medio comunicó las riquezas de su gracia a infinitas gentes, que ni las conocían ni había habido quien les diera noticia de ellas. Razón la dicha por la cual no se pueden apartar las empresas espirituales de las temporales y políticas ni pasar en silencio los sucesos de pacificaciones de gentes belicosas y fieras que se ofrecieron ni deseos y diligencias hechas por los hombres en descubrimientos de minas y tesoros de plata y otros semejantes. Medios todos encaminados y guiados de la altísima providencia de Dios, y por los cuales sacó de las tinieblas de la gentilidad y de bárbaras y nunca oídas costumbres a innumerables naciones que tenía el Demonio cautivas y tiranizadas [...].⁷

⁷ Guzmán Betancourt, *op. cit.*, p. XVIII.

Desde luego que no le era posible separar “las empresas espirituales de las temporales y políticas”, porque en su siglo el espíritu hegemónico era el de la monarquía católica, cuya política presuponía la unión indisoluble entre la Iglesia y el poder civil; eran aquellos tiempos en el que ser súbdito español equivalía a ser fiel católico. No sorprende, pues, que dedicara el escrito a su majestad, Felipe IV, patrono de la Iglesia indiana.

Por otro lado, precisamente porque importaba la historia de la salvación, Pérez de Ribas refería las vidas de los padres ejemplares que lograron frutos en tierras tan ásperas. Junto con ellas, figuran las proezas de los soldados españoles que hicieron posible el avance de la cristiandad en Sinaloa:

También añadido que aunque esta historia es más eclesiástica que seglar o política, con todo, no deben sepultarse en el olvido lo que algunos de nuestros católicos españoles, capitanes y soldados de celo cristiano, trabajaron y ayudaron a la conquista, así temporal como espiritual de tantas naciones [...].⁸

La *Historia de los triunfos de nuestra santa fe* consta de dos grandes partes; la primera de ellas hace mayor hincapié en los aspectos físicos (la tierra y los grupos indígenas) y en los primeros trabajos de la Compañía de Jesús en Sinaloa; la segunda, se ocupa de Topia, San Andrés, Tepehuanes y Parras y detalla mejor los avances y las fundaciones; además presenta un balance de resultados sobre la labor evangélica.

La obra se divide en 12 libros estructurados según el esquema ordinario de la crónica regional: el primero se dedica a la descripción geográfica del territorio de Sinaloa y a la de sus aborígenes; el segundo y el tercero tratan de la llegada de los jesuitas a la región y de la labor evangélica entre las tres principales etnias del río Zuaqui. El cuarto versa sobre la conversión de los grupos del río Mayo. El quinto describe la cruenta lucha que se desató entre españoles y yaquis. La evangelización de los grupos indígenas de la región norte de Sinaloa se refiere en el libro sexto. El séptimo habla de los cambios de vida experimentados por los indígenas de Sinaloa bajo el régimen misional.

En el octavo se inicia la segunda parte; este capítulo y el noveno tratan respectivamente de las fundaciones jesuíticas en Topia y San Andrés. El libro décimo relata los esfuerzos dirigidos a someter a los tepehuanes; el undécimo se ocupa de la obra misional en Parras y

⁸ *Ibid.*, p. XIX.



Laguna Grande de San Pedro. El duodécimo y último es una síntesis de la labor jesuítica entre los indios gentiles del noroeste.

Si se le juzga sólo desde el divisadero de nuestro racionalismo crítico actual, muchos dirán que apenas si es una “fuente imprecisa” de datos. Pero no era mera información fáctica lo que Pérez de Ribas quería aportar con su trabajo, sino dar cuenta del avance de la cristiandad, de la incorporación de multitud de pueblos “bárbaros” al plan salvífico y de su proceso de integración a las pautas de civilidad que ofrecía el imperio español. Además, naturalmente, pretendía exhibir los arduos trabajos que para ello había pasado la milicia de Jesús, a la que él pertenecía.

En cuanto a los apoyos documentales del cronista, dice Burrus:

[Pérez de Ribas] tuvo a su disposición y empleó muchas fuentes manuscritas. Sacó partido de los informes de misioneros, los citó con generosidad y reprodujo sus textos fielmente. En los archivos de México y Roma se encuentran numerosos documentos inéditos, algunos de los cuales no citó directamente, con anotaciones suyas que indicaban que había visto su contenido. Desde su época casi todos los historiadores se han apoyado mucho en los *Triunfos* y, al verificar sus afirmaciones en otras fuentes, han encontrado que eran bastante precisas.⁹

Del estudio de esta obra y de los pormenores de la vida de su autor se han ocupado especialistas como Robert Streit (*Bibliotheca Missionum. Amerikanische Missionsliteratur, 1494-1699*, Aquisgrán, 1924); Peter Masten Dunne, S. J. (*Andrés Pérez de Ribas: Pioneer Black Robe of the West Coast, Administrator, Historian*, Nueva York, United States Catholic Historical Society, 1951; *Black Robes in Lower California*, Berkeley, 1952 y 1968), y en fecha mucho más reciente, Guy Rozat (*América, imperio del demonio. Cuentos y recuentos*, México, Universidad Iberoamericana, 1995).

Ediciones

En castellano:

Andrés Pérez de Ribas, *Historia de los triunfos de nuestra santa fe entre gentes las más bárbaras y fieras del nuevo orbe. Conseguidos por los soldados de la milicia de la Compañía de Jesús en las misiones de la*

⁹ Ernest J. Burrus, “Religious Chroniclers and Historians. A Summary with Annotated Bibliography”, *Handbook of Middle American Indians*, Austin, University of Texas, v. XIII, parte II, 1973, p. 163. La traducción es mía.

Provincia de la Nueva España. Refiérense asimismo las costumbres, ritos y supersticiones que usaban estas gentes; sus puestos y temples; las victorias, Madrid, por Alonso Paredes, junto a los estudios de la Compañía, 1645, 764 p. + 38 sin numerar.

Andrés Pérez de Ribas, *Páginas para la historia de Sinaloa y Sonora. Triunfos de nuestra santa fe entre gentes las más bárbaras y fieras del nuevo orbe, por el padre Andrés Pérez de Ribas, provincial de la Compañía de Jesús. Precedida de los Naufragios de Alvar Nuñez Cabeza de Vaca*, 3 v., reimpresso por L. Álvarez y Álvarez de la Cadena, prólogo de Raúl Cervantes Ahumada, México, Editorial Layac, 1944. [Reedición de la de 1645; *Naufragios* de Alvar Núñez Cabeza de Vaca en el t. I, p. 1-74.]

Andrés Pérez de Ribas, *Páginas para la historia de Sinaloa y Sonora. Triunfos de nuestra santa fe*, 2 v., prólogo de Manuel Robles Ortiz, Hermosillo, Gobierno del Estado de Sonora, 1985. [Edición parcial. Sólo incluye los libros relativos a Sinaloa y Sonora.]

Andrés Pérez de Ribas, *Historia de los triumphos de nuestra santa fe entre gentes las más bárbaras y fieras del nuevo orbe* [edición facsimilar 1645], estudio introductorio, notas y apéndices de Ignacio Guzmán Betancourt, México, Siglo XXI, 1992, xxxviii + 818 p.

En inglés:

Andrés Pérez de Ribas, *My Life among the Savage Nations of New Spain* [condensada y traducida al inglés por Tomás Antonio Robertson], Los Ángeles, Ward Ritchie Press, 1968 [edición parcial y resumida].

Andrés Pérez de Ribas, *History of the Triumphs of our Holy Faith Amongst the Most Barbarous and Fierce Peoples of the New World* [trad. al inglés por Daniel T. Reff, Maureen Ahern y Richard K. Danford], notas e introducción crítica de Daniel T. Reff, [Tucson], University of Arizona, c. 1999, vi + 761 p., mapas. [Traducción de la edición de 1645.]

SONORA

EUSEBIO FRANCISCO KINO (1645-1711)

El que sería el más famoso evangelizador de Sonora, Eusebio Francisco Kino (Kühn, Chini o Chino), nació en Segno, cerca de Trento, Italia, en 1645. Ingresó a la Compañía de Jesús a los 20 años de edad, en



Landsberg, Baviera. Cursó estudios en Friburgo y luego en la universidad de Ingolstadt; terminada su formación dictó cátedra en los colegios jesuitas de Hala e Ingolstadt, donde se distinguió en la enseñanza de las matemáticas. Se dice que una crisis religiosa, producida por una grave enfermedad, generó en él el impulso de dedicarse a la evangelización de los gentiles. Inicialmente pensó en ir a Oriente, pero el azar determinó que se le invitara a hacer labor de prédica en Nueva España, a donde arribó en 1680, luego de haber tenido que aguardar tres años en Sevilla para embarcarse.

Precisamente por el tiempo de su llegada a México, se empezó a divisar un cometa en los cielos. Con la intención de refutar la creencia popular de que este fenómeno astronómico era augurio de desgracias, don Carlos de Sigüenza y Góngora publicó un *Manifiesto filosófico contra los cometas* (México, 1681). El padre Kino impugnó de inmediato el escrito de Sigüenza en un opúsculo titulado *Exposición astronómica de el cometa que el año de 1680, por los meses de noviembre y diciembre, y este año de 1681 por los meses de enero y febrero se ha visto en todo el mundo...* (México, Francisco Rodríguez Lupercio, 1681), al que, a su vez, Sigüenza respondió con su *Libra astronómica* (México, 1690). El desenlace de esta polémica científica, si puede decirse que tuvo alguno, no es de la competencia del presente estudio, pero el episodio viene a mano para ilustrar algunas de las muchas facetas e inquietudes intelectuales de Kino.

Después de residir un bienio en la ciudad de México, las autoridades virreinales le propusieron al padre Kino que se incorporase, en calidad de cosmógrafo real y superior, a la expedición que haría a la Baja California don Isidro Atondo y Antillón, con la intención de poblar el territorio. Unos ochenta años antes, esta misma comisión se le había ofrecido a otro jesuita y cronista de la Compañía, el padre Juan Sánchez Baquero y lo que éste rechazó entonces —por ser un asunto “puramente seglar”— lo aceptó gustosamente Kino.

Luego de dos años de esfuerzos denodados (1683-1685), esta empresa californiana fracasó por falta de recursos y bastimentos. Con todo, Kino hizo gestiones ante el virrey para que se le permitiera misionar en la contracosta. Finalmente, en el otoño de 1686 obtuvo permiso para trasladarse a la Pimería Alta (Sonora); estableció su cuartel general en la misión de Nuestra Señora de los Dolores. Desde esta fundación, asentada en el valle de San Miguel, su infatigable empeño de misionero y explorador lo llevaría a recorrer un área vastísima que alcanzaría la Alta California y Arizona.

En sus 24 años de estancia en la región (1687-1710) hizo 40 viajes de exploración; descubrió la unión continental de la Baja California,

con lo que despejó toda duda respecto al carácter peninsular de este territorio, pese a que la cosmografía europea de la época siguiera albergando dudas al respecto; también dio con la desembocadura del río Colorado e hizo levantamientos cartográficos de sus hallazgos. Predicó y evangelizó a una multitud de pueblos y se dice que bautizó a más de 40 000 indígenas. A la experiencia derivada de estos contactos se deben un catecismo y los primeros vocabularios de las lenguas guaycura, nabe y cochimí. Fundó igualmente una buena cantidad de misiones, que pronto empezaron a funcionar como una red de autoabastecimiento.

Luego de casi cinco lustros de intensa labor, Eusebio Francisco Kino murió en la misión de Magdalena, el 15 de marzo de 1711.¹⁰

Aparte de su provechosa actividad misional, Kino legó una extensa obra histórica y epistolar que, en importancia, no va a la zaga de sus otras tareas. Su diario y crónica, *Favores celestiales de Jesús y de María Santísima y del gloriosísimo apóstol de las Indias Francisco Javier experimentados en las nuevas conquistas y conversiones del nuevo reino de la Nueva Navarra desta América septentrional e incógnita y paso por tierra a la California en 35 grados de altura, con su nuevo mapa cosmo-gráfico de estas nuevas y dilatadas tierras que hasta ahora habían sido incógnitas. Dedicados a la real majestad de Felipe V. Muy católico rey. Gran monarca de las Españas y de las Indias* —texto laboriosamente redactado en diferentes épocas en la misión de los Dolores—, es su trabajo capital sobre los grupos indígenas de la Pimería Alta y otras “naciones” del septentrión; aparte de los temas de carácter “etnográfico”, el escrito registra la labor exploratoria y pastoral realizada en la región por Kino y por sus compañeros a lo largo del periodo comprendido entre 1683 y 1706.

El trabajo consta de cinco partes, subdivididas en un número variable de libros que, a su vez, se integran por infinidad de capítulos, tan pequeños, que muchas veces no abarcan ni media página. Lo fragmentado e irregular de la estructura reafirma la idea antes expresada de que el escrito fue elaborado en etapas diversas.

¹⁰ Emilio Böse, “Introducción” a *Las misiones de Sonora y Arizona, comprendiendo la crónica titulada “Favores celestiales” y la Relación diaria de la entrada al Norueste por el P. Eusebio Francisco Kino*, versión paleográfica e índices por Francisco Fernández del Castillo, con noticias bibliográficas del P. Kino y sus exploraciones y fundaciones por el doctor Emilio Böse, México, Archivo General de la Nación, 1913-22, lxxix-413 p. (Publicaciones, 8), p. XXXXI. Aparte del de Böse, un buen estudio biográfico sobre Kino (que incluye mapas de sus exploraciones y una lista extensa de sus escritos) es el de Herbert E. Bolton, *Rim of Christendom: a Biography of Eusebio Francisco Kino, Pacific Coast Pioneer*, Nueva York, McMillan, 1936 (reimpresión en 1960). Gerardo Decorme la tradujo al español con el título de *Bosquejo de la vida del P. Eusebio Francisco Kino, S. J., apóstol de los pimas*, México, 1940. Hay multitud de biografías adicionales, como las de Charles Polzer, Alfonso Trueba, Luis León de la Barra, etcétera.



La parte I, “Nuevas conquistas espirituales y temporales en la Pimería, reino de la Nueva Vizcaya, entre tanto que se suspende la empresa de la conquista y conversión de la California y lo sucedido por los años de 1687 hasta 1699”, da en su título una idea precisa del contenido. Relata la primera entrada de Kino a Sonora, la visita del padre Juan María Salvatierra, el martirio del padre Francisco Javier Saeta, las diversas expediciones de soldados y religiosos por la región, algunas acciones de armas contra los grupos indígenas hostiles y una evaluación general de los logros de la Compañía de Jesús en el noroeste.

La parte II es un compendio de las exploraciones que Kino realizó por el septentrión, de 1699 a 1702, hasta la Alta California y el río Colorado; entre lo más importante, en ella se incluyen los datos geográficos que certifican el carácter peninsular de la Baja California y algunos documentos del alcalde mayor Juan Mateo Mange sobre las expediciones californianas. De gran interés son las consideraciones del capítulo XI, que Kino titula: “Utilidades que se podrán seguir destas nuevas conversiones en abono de toda esta septentrional incógnita América”. El primer beneficio es, para él, la expansión de los dominios de su católica majestad; el segundo, el resguardo y control de las provincias norteñas; el tercero, el acabamiento de los “yerros y engaños” sobre las fabulosas riquezas y míticas civilizaciones de la región (v.g. las Siete Ciudades); el cuarto, el conocimiento preciso de la geografía septentrional y la localización de pasos y trayectos más cortos hacia Oriente; el quinto, el establecimiento de un punto de escala para la Nao de China en la contracosta californiana. Las demás ventajas que enumera Kino se relacionan sólo con el trabajo misional,¹¹ y el que las hubiera colocado al final de su lista no significa que las conversiones y la salvación de las almas tuvieran menos importancia para él que los beneficios materiales. Conviene recordar que *Favores celestiales* es una especie de informe dedicado y dirigido al rey Felipe V, como consta en el título de su portada. Y si el propósito del informante es obtener del monarca mayores apoyos y recursos para el proyecto misional, se comprende que el tono y el tratamiento sean persuasivos y que la jerarquización de los argumentos de Kino se destine a convencer al rey de que los territorios del norte de América mucho podrían aportar, en el orden material, al engrandecimiento de España.

La parte III es la que da nombre a la obra: “De los favores celestiales de Jesús y de María Santísima y del gloriosísimo apóstol de las Indias, san Francisco Javier, experimentados en estas nuevas conversiones y

¹¹ *Las misiones de Sonora y Arizona, comprendiendo la crónica titulada “Favores celestiales...”*, p. 171-172.

nuevas Filipinas desta América septentrional incógnita el año de 1703 hasta 1704". Ésta es una relación de fundaciones, exploraciones y sucesos ocurridos en la Pimería, California y las misiones de China en los años mencionados; se anexa un informe sobre las hostilidades de los apaches. La parte IV es continuación, pues aborda prácticamente los mismos asuntos para el bienio de 1705 a 1706. Kino hace aquí particular hincapié en las "persecuciones" y hostigamientos que los militares hacían de las fundaciones misionales.

La parte V actualiza la información de las misiones sonorenses hasta los últimos meses de 1706. El libro final, el VI, es un recuento de las ventajas que ofrece Sonora para la ocupación: la fertilidad del suelo para los cultivos y la ganadería, la existencia de yacimientos minerales, de salinas y de pesquerías, la naturaleza "amigable" de los indios, etcétera.

Desde el punto de vista del análisis historiográfico, es difícil sintetizar los rasgos distintivos de los *Favores celestiales* y esto debido a la gran cantidad de materias que el texto abarca. Pero puede decirse que Kino privilegia ciertos aspectos y que los destaca en algunas partes de su exposición: por ejemplo, la importancia del conocimiento geográfico (hecho probado de sobra por sus propias actividades de explorador y de cartógrafo) no sólo para las pretensiones de un establecimiento efectivo de la soberanía española en la América septentrional, sino para el aprovechamiento de los recursos naturales (agrícolas, pecuarios, minerales, etcétera) orientado a la instauración de un comercio floreciente.

Otros puntos que subraya son: el problema del financiamiento de las empresas misionales y la disputa por la autoridad entre los religiosos y los capitanes de presidio. Como se dijo, Kino hace mención constante a los infundios y acosos que los misioneros padecían por parte de los militares y de otras personas, quienes acusaban a los primeros de abusar de los indígenas y de los recursos asignados por la Corona. Se entiende que el autor no toca estos temas por mero afán de polemizar, sino porque el dinero y la autoridad para conducir el proyecto eran los medios que garantizarían el avance de la cristiandad sobre los territorios septentrionales. En opinión de Kino, hacer depositarios a los jesuitas de los recursos y del poder temporal y espiritual era el único modo de asegurar el buen éxito de la empresa.

Los *Favores celestiales* no es propiamente una historia de la obra de la Compañía de Jesús en Sonora y California, sino un amplísimo informe geográfico, histórico, etnográfico y económico, y un prospecto que enuncia posibilidades y líneas de acción para integrar esta zona a los dominios de su católica majestad. Por esto mismo, las fuentes de la obra son, en principio, las observaciones y experiencias directas



de Kino y, en segundo término, las cartas e informes de otros misioneros (Juan María Salvatierra, Antonio Leal, Francisco María Píccolo, etcétera).

En cuanto al resto de la producción escrita de Eusebio Francisco Kino, cabe señalar que también se han editado colecciones de sus informes a Roma y de su abundantísima correspondencia, compilaciones que contienen valiosos datos sobre las etnias sonorenses; muchos han sido recopilados y publicados, primero por Herbert E. Bolton (en las dos primeras décadas del siglo XX) y luego por Ernest J. Burrus (entre los años cincuenta y setenta), en traducciones al inglés. En ciertos casos, estos trabajos son mejores y más completos que las ediciones españolas. Igualmente ha sido impresa buena parte de su obra cartográfica.

Ediciones de sus trabajos

En castellano:

Las misiones de Sonora y Arizona, comprendiendo la crónica titulada "Favores celestiales" y la "Relación diaria de la entrada al Norueste" por el P. Eusebio Francisco Kino, versión paleográfica e índices por Francisco Fernández del Castillo, con noticias bibliográficas del P. Kino y sus exploraciones y fundaciones por el doctor Emilio Böse, México, Archivo General de la Nación, 1913-22, LXXIX-413 p. (Publicaciones, 8).

Los quiquimes de la California, México, Vargas Rea [s. f.].

Cartas y relaciones sobre California, 3 v., México, Vargas Rea, 1953.

Correspondencia del P. Kino con los generales de la Compañía de Jesús, 1682-1707, prólogo y notas de Ernest J. Burrus, México, Jus, 1961.

Vida del P. Francisco J. Saeta, S. J. [Sangre misionera en Sonora], prólogo y notas de Ernest J. Burrus, México, Jus, 1961, 213 p. [Hay una segunda edición de 1971.]

Kino escribe a la duquesa. Correspondencia del P. Eusebio Francisco Kino con la duquesa de Aveiro, edición y notas de Ernest J. Burrus, Madrid, Porrúa-Turanzas, 1964 (Colección Chimalistac, 18).

Crónica de la Pimería Alta: favores celestiales de Jesús y de María Santísima y del gloriosísimo apóstol de las Indias, Hermosillo, Gobierno del Estado de Sonora, 1985. [Edición parcial. Sólo incluye los pasajes relativos a Sonora. No es útil para fines académicos.]

Cartas a la procura de misiones, edición de Manuel Ignacio Pérez Alonso, México, Universidad Iberoamericana, 1987, 51 p. [Se trata de correspondencia de Kino dirigida al procurador Juan de Iturberoaaga, en

el año de 1707. En inglés: incluyen textos de Kino y estudios sobre su obra.]

Kino's Historical Memoir of the Pimeria Alta; a Contemporary Account of the Beginnings of California, Sonora and Arizona by Father Eusebio Francisco Kino, S. J., Pioneer Missionary, Explorer, Cartographer and Ranchman, 1683-1711, 2 v., publicado por primera vez del manuscrito original en el Archivo General de la Nación por Herbert Eugene Bolton, Cleveland, Arthur C. Clark, 1919 [hay reedición de 1948].

Kino Reports to Headquarters: Correspondence of Eusebio F. Kino, S.J. from New Spain with Rome, traducción [incluye el texto original] y notas de Ernest J. Burrus, Rome, 1954.

Kino's Plan for the Development of the Pimería Alta, Arizona and Upper California: A Report to the Mexican Viceroy, traducción y edición de Ernest J. Burrus, Tucson, 1961.

Ernest J. Burrus, *Kino and the Cartography of the Northwestern New Spain*, Tucson, Pioneer's Historical Society, 1965.

First from the Gulf to the Pacific: the Diary of the Kino-Atondo Peninsular Expedition; December 14, 1684-January 13, 1685, transcripción, traducción y edición de Michael M. Mathes, Los Ángeles, Dawson's Book Shop, 1969 (Baja California Travel Series, 16).

Ernest J. Burrus, *Kino and Manje: Explorers of Sonora and Arizona: Their Vision of the Future. A Study of Their Expeditions and Plans* (with an appendix of thirty documents), Roma, Jesuit Historical Institute, 1971. [Cerca de 500 de las 800 páginas de la obra son documentos originales, casi todos sobre los indígenas de Sonora y Arizona].

A Kino's Keepsake: Facsimile of an Original Eusebio Francisco Kino Field Diary, Preserved at the University of Arizona Library, Tucson, Friends of the University of Arizona Library, 1991 [14 p]. [Edición facsimilar del diario de Kino, 1699. Edición bilingüe, español-inglés.]

JUAN NENTVIG (1713-1768)¹²

“Alto, delgado, color quebrado, pelo castaño”, tal es la descripción física del jesuita Nentvig que consta en los registros oficiales de Contratación levantados en 1750 para el paso de un contingente de 43

¹² Su nombre figura en cartas y otros documentos con múltiples variantes: Johann, Jean, Juan; Nentwich, Nentuig, Nentoig. El que hemos dejado en el título es el más frecuente y el generalmente aceptado.



misioneros a Nueva España, a cargo del padre Vicente de Vera, S. J.¹³ Los catálogos de la Sociedad de Jesús dicen también que, para esta fecha, Nentvig ya era sacerdote, que era hombre vigoroso, de ingenio, de buen juicio y bastante prudencia; que tenía cierta experiencia, que era aventajado en letras y que, aunque de temperamento melancólico, se le tenía por apto para la enseñanza y el cumplimiento de su ministerio.¹⁴

Adicionalmente, de Juan Nentvig se sabe que nació en Schlessen, Alemania, el 28 de marzo de 1713 y que ingresó en la Compañía de Jesús el 28 de agosto de 1734 en Glatz, Bohemia (la actual Klodzko, Polonia).¹⁵ Aunque no se tienen documentos probatorios, se dice que los siguientes cinco años se dedicó a la docencia en alguna casa de su instituto; más tarde experimentó la vocación misional y solicitó permiso a sus superiores, en Praga, para pasar a América.

En mayo de 1749 ya estaba en Cádiz, en espera de la autorización real y del navío que había de conducirlo a las Indias a él y a otros compañeros; su embarque se produjo a mediados del año siguiente en el buque denominado “El Corazón de Jesús”.

De Veracruz, a donde arribó el 25 de agosto de 1750, se trasladó rápidamente a México y de ahí, casi de inmediato, al noroeste, donde fue asignado en principio a la misión de Tubutama, en la llamada Pimería alta de Sonora. Como por entonces había cierto desasosiego entre los pimas, se le destinó finalmente a la misión de Nuestra Señora de los Dolores Sáric, punto ubicado más al oriente, que se tenía por más seguro.

En 1751, lo que empezó como mera inquietud entre los indios se convirtió en insurrección, promovida por el cabecilla Luis del Sáric y en la que participaron pimas y seris.¹⁶ Dicho alzamiento estuvo a punto de costarle la vida a Nentvig, que apenas logró huir, alertado del riesgo que corría por el padre Jacobo Sedelmayer. En esta ocasión menos afortunados fueron los jesuitas Tomás Antonio Tello, misionero

¹³ Archivo General de Indias, Sevilla (en adelante, AGI), *Contratación*, leg. 5550.

¹⁴ Archivo General de la Nación, México (en adelante, AGN), *Historia*, 261, 294, 309, 333, 406, 442.

¹⁵ Los datos que parecen más confiables a este respecto los proporcionan Alberto F. Pradeau y Robert R. Rasmussen en sus notas introductorias a Juan Nentvig, S. J., *Rudo ensayo. A Description of Sonora and Arizona in 1764*, traducción, aclaración y notas de [...], Tucson, University of Arizona Press, 1980. Sobre el lugar de nacimiento de Nentvig, por ejemplo, estos autores insisten en que no fue Glatz, sino Schlessen.

¹⁶ Con este gobernador indígena, Luis del Sáric, tuvo el padre Juan Nentvig ciertos dimes y diretes. *Vid.* Carta de Nentvig al padre Juan de Ugarte, Tecoripa, 3 de diciembre de 1754, Biblioteca Nacional, México, *Archivo Franciscano* (en adelante, BN, AF), caja 33, 33/692.

de Caborca, y Enrique Ruhen, de Sonoita, que sí fueron sacrificados por sus catecúmenos. Juan Nentvig dejó su puesto en Sáríc y estuvo escondido cinco días, a punto de morir de sed, pero logró alcanzar refugio en la misión de San Ignacio.¹⁷

Pasado el sobresalto y sin nombramiento oficial, los dos años siguientes los pasó Nentvig en Santa María de Suamca; de 1753 a 1757 quedó a cargo de Tecoripa, para ser luego transferido a Guásabas, donde el 2 de febrero de 1759 tomó su cuarto voto. Se le designó superior en 1763 y auxilió en sus funciones al padre visitador, Manuel Aguirre, ya sin moverse de esta misión. En Guásabas escribió su *Descripción de Sonora* que, al parecer, concluyó en el verano de 1762, y a la que él mismo califica de “obra mal aliñada por haberla escrito a hurtadillas, en los mayores calores y con poca salud; con gran falta de materiales”.¹⁸ Dicho trabajo lo complementó con el mejor mapa de la región que se haya levantado por entonces.

Pero su actividad en Guásabas no fue sólo la de memorialista y cartógrafo, también reconstruyó la iglesia de la misión y la dotó de ricos ornamentos. Aunque los apaches tenían en continua zozobra al pueblo, Nentvig se las ingenió para levantar buenas cosechas y para criar unas mil cabezas de ganado. Con parte de este haber, apoyó la campaña del coronel Domingo Elizondo, que pretendía contener las incursiones de los indios “bárbaros”.

En Guásabas seguía cuando llegó el año de 1767. En su calidad de padre visitador-rector, a él correspondió convocar a todos los jesuitas de la zona para reunirlos en Mátape, donde les fue leído el edicto de expulsión. De camino al destierro, Juan Nentvig murió en Ixtlán, Nayarit, el 11 de septiembre de 1768. Fue enterrado en el vecino pueblo de Jala.

La *Descripción geográfica, natural y curiosa de la provincia de Sonora por un amigo del servicio de Dios y del rey Nuestro Señor, año de 1764*, también conocida y editada con el título de *Rudo ensayo*,¹⁹ se divide en diez capítulos, de los cuales, los cuatro primeros constituyen efectivamente una geografía física y económica del territorio sonorense, ya que tratan en detalle la orografía, la hidrografía, así como la fauna y la flora de la región. Sin demérito del contenido de los apartados previos, los capítulos V y VI, dedicados a la “geografía humana”, se cuentan,

¹⁷ Este episodio lo refiere José Ortega en sus *Apostólicos afanes de la Compañía de Jesús*, lib. III, cap. XV.

¹⁸ Carta de Juan Nentvig al padre provincial Francisco Zeballos, Húasabas, 14 de febrero de 1765, Archivo Histórico de Hacienda, 17, 24, f. 1.

¹⁹ Esto por obra de la inventiva de su primer traductor al inglés, Buckingham Smith (1863), quien acuñó el nombre por el carácter “poco aliñado” que el propio Nentvig le atribuyó a su trabajo.

sin duda, entre los más interesantes de la obra. De éstos, el quinto se destina a describir lenguas, costumbres, creencias, ritos y prácticas medicinales de los grupos indígenas de Sonora en general. En cuanto a los rasgos del carácter de estos aborígenes, Nentvig apunta enfático: “Estriba su índole sobre cuatro basas, una más ruin que la otra y son: ignorancia, ingratitud, inconstancia y pereza, éstos son puntualmente los quicios en que se gira y mueve toda la vida del indio”.²⁰

El padre Nentvig reconocía que, a despecho de sus múltiples defectos, los indígenas tenían su racionalidad (“bien que eriaza”), y que gracias a la paciente labor de instrucción de los misioneros, poco a poco se habían ido puliendo y organizando política y cristianamente, pese al gran obstáculo que —según su sentir— representaban los españoles que, en sus ranchos y en los reales mineros, enseñaban a los indios en pocos días todos los vicios que éstos desconocían en sus pueblos.

El libro sexto trata individualmente de las mismas etnias sonorenses. Los ópatas, eudebes y jovas del primer inciso son los indígenas que Nentvig pondera como los mejores, los únicos susceptibles de cristianización y aculturación (por cierto, aquí hace también algunos apuntamientos interesantes sobre la lengua ópata). Los restantes, estudiados respectivamente en tres apartados posteriores: pimas altos y bajos; seris y sus confederados, y apaches, “antiguo azote de Sonora”, no le merecen al jesuita mejor calificativo que el de bárbaros irreformables y adversarios permanentes de los españoles. Tanto así, que el último capítulo de la *Descripción* (no numerado), se titula: “Discúrrase sobre el modo de castigar los enemigos y atajar la ruina de Sonora”. En este apartado, el padre Nentvig hace consideraciones para resolver el problema que representaba el pillaje y tropelías que estos grupos cometían en las poblaciones de la región. En cuanto a los seris no se le ocurre mejor providencia que el desarraigo total. Se trataría, según él, de “quitarlos de enmedio, tan del todo, que no quede siquiera uno en su tierra [...] y si se tratare de transportarlos, se hace necesario que sea a tierras que para llegar a este continente tenga mar y no de tan poco trecho como el Seno de Californias”.²¹

Para los pimas prescribe igual trato, porque, por añadidura, éstos tenían sobre su ya de por sí reprochable conducta el agravante de haber sido cristianizados: “Y no veo que se les haga agravio en esto, pues siendo vasallos de su majestad y delincuentes apóstatas e incorregibles,

²⁰ Juan Nentvig, *Descripción geográfica, natural y curiosa de la provincia de Sonora por un amigo del servicio de Dios y del rey Nuestro Señor, año de 1764*, edición preparada, con una introducción histórica, notas, apéndice e índice analítico por Germán Viveros, México, Archivo General de la Nación, 1971, 247 p. *Vid.* todo el cap. v.

²¹ *Ibid.*, p. 188.

no quieren ser buenos y útiles, sino obstinadamente perjudiciales”.²² Con gran sentido práctico, el padre Nentvig calculaba que los gastos que la Corona hiciera en este traslado, pronto serían compensados por las ganancias que se obtendrían de las minas y las pesquerías de perlas que, debido a los ataques de estos “salvajes”, no podían explotarse.

Los apaches, sobre los que era más difícil caer a causa de su nomadismo y rapidez de desplazamiento, debían ser controlados y castigados por la vía de las armas, pero no en entradas punitivas de la tropa española a sus tierras, como por entonces se hacía, sino en el momento mismo de sus incursiones de rapiña en los pueblos. Esta defensa, según él, podía organizarse con soldados, vecinos españoles e indios fieles. La receta era, sin más, guerra a sangre y fuego.

Los otros apartados del trabajo de Juan Nentvig —obviamente, los no destinados a los problemas capitales de la región— describen con gran minucia los asentamientos de Sonora: su ubicación por longitud y latitud, su historia, su tipología de acuerdo con la actividad productiva (reales mineros, ranchos de labor, estancias de ganado), el número de sus habitantes, etcétera. Pormenoriza también los curatos, las iglesias parroquiales y las feligresías, sin olvidarse, naturalmente, de lo que cada uno producía en diezmos. Puede decirse que, en muchos casos, más que descripciones, lo que Nentvig presenta son detallados y excelentes informes estadísticos. El estudio, como se ha indicado arriba, lo acompañó con un estupendo mapa²³ que él delineó personalmente, sin ayuda de instrumentos de medición, ya que no los había en Sonora. Uno juzga más admirable este trabajo cuando se entera, por la propia correspondencia de Nentvig, que de tiempo atrás padecía de la vista y que no contaba con anteojos; de hecho, sólo logró hacerse de los del misionero de Sahuaripa, padre Tomás Pérez de la Busta, a la muerte de éste, ocurrida en febrero de 1766.

Se sabe que en 1762 Juan Nentvig entregó su manuscrito, junto con copia del mapa, a José Tienda de Cuervo, visitador y gobernador de Sonora, que debía llevarlos al virrey, marqués de Cruillas, para integrar una “descripción de Sonora” más amplia. Es de suponer que el mapa se extravió, ya que en 1765 las autoridades le solicitaron nuevamente a Nentvig el envío de otra copia a México, cosa que el misionero hizo de inmediato. Haya servido o no para los fines informativos que el gobierno virreinal perseguía, el texto de Nentvig permaneció archivado e inédito por casi un centenar de años.

²² *Loc. cit.*

²³ El original (1762) se conserva en el Museo Británico.

Como lo dice su título, la *Descripción de Sonora* no es un panegírico de la conquista espiritual jesuita en la región, por mucho que Nentvig incluya capítulos relativos a las misiones y a la instrucción religiosa de los indígenas; es un sustanciado informe sobre el potencial humano y físico de la zona, sobre las perspectivas de poblamiento y desarrollo económico de esta franja noroccidental de la Nueva España que, bajo la hábil conducción de la Compañía de Jesús —según el juicio del autor—, muchos beneficios redituara a la Corona.

Por sus dotes, intereses e inquietudes, tal vez, más que un aplicado misionero, Juan Nentvig hubiera sido un excelente oficial real, gobernador o alcalde. Sobre estas mismas inclinaciones suyas apunta Germán Viveros “[En el] epistolario de Nentvig que conocemos son pocas las veces en que hallamos una mención específica de su labor pastoral; preferentemente se refiere a su acción organizadora y directiva”.²⁴

Como haya sido, Juan Nentvig legó a la posteridad una magnífica descripción —sin duda la mejor— de la Sonora jesuítica de mediados del siglo XVIII. Por las escasas veces que se le cita en los tratados y manuales de historiografía y por lo poco que se le conoce, es evidente que todavía está aguardando a que se le valore y se le aproveche cabalmente.

El manuscrito y sus ediciones

Se cree que el manuscrito hológrafo de Nentvig pasó a los estantes de los archivos franciscanos (dado que esta orden se hizo cargo de las misiones que quedaron vacantes a la salida de los jesuitas; es de pensarse que también recibieron en resguardo sus papeles). De la *Descripción*, han quedado cuatro ejemplares manuscritos:

- 1) Archivo General de la Nación, *Historia*, t. 393.
- 2) Archivo General de la Nación, *Historia*, t. 16.
- 3) Real Academia de la Historia, *Memorias de Nueva España*, t. 16.
- 4) Huntington Library, San Marino, California.

De acuerdo con los especialistas que lo han editado, el original parece ser el que conserva el Archivo General de la Nación, con el número 393, ramo *Historia*. Los demás se reputan como copias y se ignora si existen más de éstas.

En total, la *Descripción de Sonora* ha visto ocho veces la luz pública: cuatro en español y cuatro en inglés. Como se entiende, ha sido

²⁴ Viveros, “Introducción”, *op. cit.*, p. 29.

traducida a esta última lengua por la información contenida en ella relativa la historia de Arizona, territorio que actualmente forma parte de la Unión Americana. De la lista que se reproduce abajo las mejores, con toda certeza, son la de Germán Viveros (México, 1971) en castellano y la de Pradeau-Rasmussen (Tucson, 1980) en inglés.

Ediciones

En castellano:

Juan Nentvig, “Descripción geográfica, natural y curiosa de la provincia de Sonora, año de 1764”, en Joaquín García Icazbalceta (ed.), *Documentos para la historia de México*, 3a. serie, México, Imp. de Vicente García Torres, 1856, t. IV, p. 489-616.

Juan Nentvig, “Descripción geográfica, natural y curiosa de la provincia de Sonora”, *Boletín del Archivo General de la Nación*, t. 28 (1957), p. 515-530, 659-706; t. 29 (1958), p. 37-68. [Edición parcial.]

Juan Nentvig, *Descripción geográfica, natural y curiosa de la provincia de Sonora por un amigo del servicio de Dios y del rey Nuestro Señor, año de 1764*, edición preparada, con una introducción histórica, notas, apéndice e índice analítico, por Germán Viveros, México, Archivo General de la Nación, 1971, 247 p. [Versión elaborada a partir del manuscrito 393, *Historia*, Archivo General de la Nación. A la fecha, es la mejor.]

Juan Nentvig, *El rudo ensayo. Descripción geográfica, natural y curiosa de la provincia de Sonora, 1764*, introducción, apéndice, notas e índice por Margarita Nolasco Armas, Teresa Martínez Peñaloza y América Flores, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1977, 202 p. (Colección Científica, Etnología, 58). [Versión elaborada a partir del manuscrito 393, *Historia*, Archivo General de la Nación. Aparte de la utilidad de algunos índices que la acompañan, desde el punto de vista académico, esta edición deja mucho que desear; toma, inexplicablemente, el título de *Rudo ensayo*, que le diera el primer editor y traductor al inglés de la obra; presenta una introducción mal escrita y perfectamente superflua y el texto de la *Descripción* tiene graves errores paleográficos.]

En inglés:

Juan Nentvig, *Rudo ensayo*, traducción de Buckingham Smith, St. Augustine, Florida, 1863.



Juan Nentvig, “Rudo ensayo”, traducción de Eusebio Guiteras, *Records of the American Catholic Historical Society of Philadelphia*, v. v, junio 1894.

Juan Nentvig, *Rudo ensayo*, traducción de Eusebio Guiteras, Tucson, Silhouettes, 1951 [reedición de la de 1894].

Juan Nentvig's, Rudo ensayo. A Description of Sonora and Arizona in 1764, traducción, aclaración y notas de Alberto Francisco Pradeau y Robert R. Rasmussen, Tucson, University of Arizona Press, 1980, 160 p. [Versión elaborada a partir del manuscrito 393, *Historia*, Archivo General de la Nación. El estudio biográfico sobre Nentvig que presentan estos editores es el más completo y el mejor documentado.]

IGNAZ PFEFFERKORN (1725-ca. 1795)

El padre Pfefferkorn, joven misionero asignado a Sonora, nació en Mannheim, a la vera del Rin, el 31 de julio de 1725. En su natal Alemania, y cuando contaba apenas 17 años de edad, se hizo jesuita. Una de las numerosas solicitudes de voluntarios que las autoridades de la Compañía hacían para dotar a las misiones americanas de religiosos encontró respuesta en Pfefferkorn, quien se embarcó en Cádiz el 24 de diciembre de 1755 en el navío *El Victorioso*, con destino a Veracruz.

En marzo de 1756, Pfefferkorn y otros tres jesuitas alemanes que lo acompañaban (Bernhard Middendorf, Michael Gerstner y Joseph Och) estaban ya en Puebla aguardando destino. Ahí, el mes siguiente, recibieron instrucciones de trasladarse a la capital del virreinato.

De México salió este mismo grupo el 14 de junio de dicho año, con tres criados que hacían las veces de guías. El largo trayecto terminó varias semanas después en el pueblo de San Ignacio, Sonora, donde el padre rector encomendó a Ignaz Pfefferkorn la fundación de una misión en Atí (actualmente Atil), para trabajar entre los pimas altos y atender la cura de almas de los españoles del vecino presidio de Altar.

En Atí se quedaría este padre los siguientes cinco años, lidiando para instruir a sus rudos catecúmenos y a otros indios de la región (como los pápagos). De las primeras experiencias de trabajo que tuvo Pfefferkorn en la Pimería hay unos cuantos testimonios —algunos suyos, otros de sus compañeros jesuitas—, que nos hablan no sólo de un religioso responsable y dedicado, sino de un hombre ingenioso y dotado de un extraordinario sentido del humor.

Pfefferkorn mismo refiere, por ejemplo, que en su proceso de aprendizaje de la lengua pima, dedicó muchas horas y esfuerzos a la

adquisición de la gramática y del vocabulario. La primera vez que quiso dirigirse a su grey de viva voz se percató de que los indios simplemente se encogían de hombros. Un ladino le hizo notar que su pronunciación era incorrecta y que los aborígenes no le entendían. Sólo entonces cayó en la cuenta de la importancia de la fonética, ya que la pronunciación del pima no la había aprendido de los indígenas, sino de otro misionero alemán que había hecho las veces de su bienintencionado pero no muy hábil maestro. De ahí en adelante, Pfefferkorn hizo sus prácticas de perfeccionamiento con el ladino, y al poco tiempo los indios de Atí lograron comprender lo que decía.

Por otra parte, al igual que el resto de los misioneros de las Pimerías, Pfefferkorn tuvo múltiples problemas para hacer que sus poco gregarios neófitos se concentraran en el pueblo de misión. Las continuas instancias que hacía en este sentido no parecían hacer ningún efecto en los naturales, cuyos cobertizos aparecían diseminados en un patrón de asentamiento vasto, irregular y más o menos lejano respecto de la iglesia y casa del religioso. Pero pronto descubrió que los indígenas se sentían atraídos por la música y, dado que, además de sacerdote, Ignaz era violinista, se le ocurrió aprovechar para sus propósitos sus dotes de ejecutante de un modo hartamente curioso y original; el testimonio lo dejó su amigo Joseph Och:

Por lo que respecta a las viviendas agrupadas, mi compañero el padre Pfefferkorn (quien no habría estado fuera de lugar en compañía de virtuosos del violín) realizó por medio de la música lo que no había logrado mediante la exhortación, a saber, que su auditorio de indios del pueblo de Atí se congregara; de modo que al asomarse a su ventana, pudiera ver a jóvenes y viejos danzando. Poco a poco las casas fueron rodeando la suya, porque algunos de los robustos vecinos arrancaron las paredes de sus casas y las empujaron, con todo y el techo de paja, para acercarlas a su morada.²⁵

Pero en verdad, en Atí las cosas no siempre eran tan festivas; porque el caso fue que muchas veces, la salud de Pfefferkorn se quebrantó seriamente a causa de fiebres, diarreas y otras enfermedades ocasionadas por el clima malsano y el agua cenagosa de la región. En mayo

²⁵ Bernard L. Fontana, "Foreword", en Ignaz Pfefferkorn, *Sonora, a Description of the Province*, edición e introducción de Bernard, L. Fontana, traducción y notas de Theodore E. Treutlein, Tucson, The University of Arizona Press, 1989, p. XIV. *Apud* Joseph Och, *Missionary in Sonora: The Travel Reports of Joseph Och, S. J., 1755-1767*, edición y traducción de Theodore E. Treutlein, San Francisco, California Historical Society, 1965, p. 152. [La traducción del inglés es mía.]

de 1761 se le encomendó la misión de Guevavi, algunos kilómetros al noreste (actualmente territorio de Arizona), también zona pima y, en ese sentido, no mejor ni más salubre que su primer destino.

Dos años después, el misionero pasó algunas semanas en Oposura (hoy Moctezuma) con el fin de restablecerse. Es posible que aquí mismo Pfefferkorn haya solicitado su traslado definitivo a otro establecimiento de temples más benignos para dar alivio a su deteriorado organismo, pero no sería remota la perspectiva de que también hubiera hecho tal petición por el desaliento que le producía ver, luego de tantos años de trabajo, los pocos progresos que los pimas habían hecho en la “vida cristiana”, porque ya no volvió a la Pimería, sino que pasó a Cucurpe, misión ubicada en los límites de la Opatería, donde los aborígenes eran más “políticos” y pacíficos. Aquí, el religioso vivió los cuatro años más agradables de su estancia americana, puesto que sus tareas pastorales entre los ópatas eran menos pesadas y le dejaban tiempo para otros menesteres, al grado de que incluso consiguió formar una “capilla” para los oficios divinos con las mejores voces de sus catecúmenos. Según indicaba él mismo, su coro consistía de ocho indígenas —cuatro hombres y cuatro mujeres— cuyo canto era tan excelente que “muchas iglesias europeas ya lo desearían para su servicio”.²⁶ También instruyó a otros indios en la ejecución del violín y el arpa para acompañar la música vocal en la celebración de la misa.

Parece ser que tanto en Atí como en Cucurpe, el padre Pfefferkorn redactó algunos folios que describían sus experiencias y observaciones del mundo indígena y del entorno físico. Estos apuntes, sin ser tan analíticos y prolijos como los de Nentvig, coinciden en muchos puntos con los juicios de éste y dan una idea más cabal e íntima de lo que era la vida en estas misiones septentrionales. Parte de dichas notas le servirían después a Pfefferkorn para elaborar una obra más extensa.

En el verano de 1767, junto con los otros 29 religiosos que trabajaban en Sonora, Ignaz Pfefferkorn fue requerido para presentarse en la misión Mátape, donde se enteró del extrañamiento de su instituto religioso. Antes de ser embarcado rumbo a Guaymas, el 25 de agosto del referido año, Pfefferkorn se las arregló para ocultar entre sus ropas algunos de los papeles que había escrito a lo largo de sus 11 años como misionero, ya que el resto de sus pertenencias y buena parte de sus escritos originales fueron confiscados. Todavía pasaría dos años de cautiverio en diversos puntos de Nueva España, hasta que abordó en Veracruz (8 de abril de 1769) el navío que lo conduciría hasta Cádiz.

²⁶ Pfefferkorn, *op. cit.*, p. 269.

Cuando Pfefferkorn y otros compañeros que habían trabajado en las misiones septentrionales arribaron a España, ya muchos de los expulsos ignacianos habían salido de la península ibérica rumbo a Italia y a otros lugares. Así que esta última remesa de religiosos, de la que él formaba parte, tuvo la mala fortuna de quedar prisionera por largo tiempo en España, quizá porque, para las autoridades, estos padres eran sospechosos de guardar graves secretos cuya divulgación podría perjudicar al Estado.

Pfefferkorn permaneció en confinamiento en el puerto de Santa María y luego en Ciudad Rodrigo, donde, hacia 1776, recibió la visita de Bernhard Middendorf, que por fin había sido liberado y partía para Alemania. Esta eventualidad propició la excarcelación de Pfefferkorn, porque cuando Middendorf llegó a su país, pudo comunicar el paradero de Ignaz —hasta entonces desconocido— a su hermana Isabella Pfefferkorn, quien solicitó la mediación de Maximiliano Fernando, elector de Colonia, ante el rey de España, para que el misionero de Mannheim fuese puesto en libertad. Por fin, en diciembre de 1777, después de una década de cautiverio, el padre Pfefferkorn regresó a su casa en la ribera del Rin.

Ya en Mannheim, es probable que Ignaz hubiera determinado dar forma de libro a las notas que pudo rescatar. Es también factible que haya complementado esos datos con las comunicaciones que en el prolongado tiempo de su reclusión hubiese recibido de otros religiosos; de hecho, se sabe que las tuvo del veterano misionero Jakob Sedelmayer, compañero de cárcel durante ocho años, en el puerto de Santa María, España.

Pfefferkorn invertiría 17 años en sacar en limpio su texto y darlo a la imprenta, al tiempo que luchaba contra la enfermedad; al parecer, su edición apareció el mismo año de la muerte del autor; lo que a la postre salió a la luz fueron los dos primeros libros de los tres que, en su prefacio, el padre Ignaz prometía publicar. El autor se refiere a este tercer volumen —que debería referir su viaje de regreso a Europa, y que incluiría informes de otros misioneros: Jakob Sedelmayer, Juan Ugarte y Fernando Consag— como si ya estuviera terminado; sin embargo, hasta hoy no se sabe si efectivamente se escribió y no se editó, o si sólo quedó en proyecto.

Como se ha dicho antes, a diferencia de la relación de Nentvig, la obra de Pfefferkorn no es un informe destinado a la superioridad y escrito “en el terreno”, sino un conjunto de sus memorias y experiencias como misionero; ello le agrega soltura y encanto al estilo, porque habrá que decir que, por superficial que sea el examen de ambos textos, se percibe claramente que en el ámbito de las letras, Pfefferkorn se

manejaba mucho mejor que su paisano, compañero y superior Nentvig. Y en esto no parece influir en absoluto el que Nentvig hubiera escrito en español, idioma que le era ajeno, y Pfefferkorn en su lengua materna, el alemán.

El primero de los dos volúmenes que escribió el padre Ignaz es básicamente una historia natural y trata también de las costumbres, forma de vida e incursiones de los indios seris y apaches en Sonora. Según afirma el propio autor, parte de los datos que incluye en esta sección le fueron proporcionados por españoles e indios cristianos que estuvieron cautivos por algún tiempo entre dichos grupos indígenas. En cuanto a los seris, concretamente, Pfefferkorn se lamenta de que los pocos avances que se habían hecho en su evangelización —poco después de la muerte de Kino— se hubieran revertido por las violencias y agresiones de los soldados de los presidios y de la población española.

El libro segundo abre con una detallada relación de diversas etnias indígenas de Sonora, entre las que distingue puntualmente, como Nentvig, dos grandes grupos: los pimas altos y bajos por una parte y los ópatas, eudebes y jovas, por la otra. Los primeros son descritos como ingratos, indiferentes y sanguinarios. Los segundos, a su entender mejores, tenían una verdadera disposición para recibir la fe y llevaban una vida realmente cristiana. Todos, empero, eran dados a la pereza y no trabajaban para su propio sustento sino a fuerza de continuas instancias.

Hay también en la *Descripción* notas sobre las enfermedades endémicas de la región y sus remedios con la herbolaria autóctona. A este respecto, Pfefferkorn menciona lo útil que le había resultado la consulta del *Florilegio* de Steinhöffer en la cura de sus propios males y los de algunos de sus catecúmenos. El autor hace también consideraciones sobre la alimentación indígena y, si bien concede que su paladar occidental encuentra repugnantes muchos de sus “manjares” (carne cruda, roedores, reptiles y otras alimañas), reconoce igualmente que los alimentos naturales de los aborígenes tenían muchas ventajas para la salud, en comparación con la artificial dieta, cargada de especias, que era la de regular consumo europeo.

En la parte final de su estudio trata sobre el establecimiento de las misiones jesuitas y su administración interna. Se inserta aquí un interesante capítulo donde Pfefferkorn expone la gramática elemental de la lengua pima.

De los españoles de Sonora, Pfefferkorn pinta un cuadro nimio, incisivo y divertido, en el que trata de equilibrar sus defectos y virtudes. Si como militares le parecen ineptos y desobligados, como jinetes, en cambio, los cataloga de insuperables. Si son dados a la holganza, a

perder el tiempo en charlas, juegos y entretenimientos —y cree que particularmente los nacidos en Sonora tienen dotes innatas para el ocio—, también son de buena índole y no aspiran al exceso o acumulación de comodidades materiales en sus casas. A juicio de Pfefferkorn, los criollos son más amables y caritativos que los españoles peninsulares, en especial en su trato con los extranjeros.

Con sorna se expresa de las pretensiones de hidalguía de los hispanos en general, del uso y abuso del “don” con el que la mayoría se hacía llamar, aunque su linaje fuese de artesanos o agricultores. Apunta también que todos los lujos que los más pudientes solían gastar en su indumentaria exterior, por lo general iban acompañados de una lastimosa y secreta escasez de paños menores.²⁷

El riquísimo material de la *Descripción* de Pfefferkorn, bien organizado y magistralmente expuesto, constituye, sin duda, una fuente histórica confiable, pero va todavía más lejos: es un cuadro excepcionalmente crítico de las relaciones, costumbres, ideas y modos de entender la vida de una sociedad establecida en un territorio. La *Descripción* de Nentvig y la *Descripción* de Pfefferkorn pueden considerarse dos partes de una unidad que ensamblan perfectamente: la precisión y la objetividad del primer texto se complementan con el movimiento y la vitalidad que se perciben en el segundo.

Ediciones

Es difícil explicarse las razones por las que una obra tan interesante y de tanto valor etnográfico y sociológico para la historia de Sonora como la *Descripción* de Ignaz Pfefferkorn, continúa aguardando ser vertida al castellano desde su original alemán, aun cuando la magnífica edición inglesa de Theodore E. Treutlein, ampliamente anotada, haga más accesible este texto al público de América. De esta misma hay una reedición realizada en 1989 por Bernard L. Fontana (The University of Arizona), que agrega algunos datos interesantes sobre la biografía de Pfefferkorn y que anexa una lista de obras (en inglés) relativas al tema.

En cuanto a la edición española, auspiciada por el Gobierno del Estado Sonora (1983), cabe alertar a quienes pretendan utilizarla con propósitos académicos: sólo incluye el segundo libro de Pfefferkorn, es una traducción de la traducción inglesa de Treutlein, y lo menos que es posible decir de ella es que fue escrita en un castellano deficiente, plagado de errores gramaticales. La “Introducción del traductor español”

²⁷ *Ibid.*, cap. XVI, *passim*.



que la precede contiene notas que desorientan al lector con afirmaciones carentes de sustento. V. g. “Aunque no lo manifiesta en ninguna parte de su obra, es casi seguro que [Pfefferkorn] leyó la *Descripción de Sonora* de Nentvig”.²⁸

Ignaz Pfefferkorn, *Beschreibung der Landschaft Sonora samst andern merkwürdigen Nachrichten von den innern Theilen Neu-Spaniens und Reise aus Amerika bis in Deutschlands*, 2 v., Köln, 1794-1795. [Incluye datos proporcionados por Jakob Sedelmayer.]

Ignaz Pfefferkorn, *Sonora: a Description of the Province*, traducción y notas de Thodore E. Treutlein, Albuquerque, University of New Mexico, 1949 (Coronado Cuatro Centennial Publications, 12). [Traducción académica, con valiosas notas breves, reimpresión de mapa y excelentes datos biobibliográficos.]

Descripción de la provincia de Sonora del padre misionero Ignacio Pfefferkorn, segundo libro, traducido de la versión inglesa por Armando Hopkins, México, Gobierno del Estado de Sonora, 1983.

Ignaz Pfefferkorn, *Sonora, a Description of the Province*, [2a. ed.], edición e introducción de Bernard L. Fontana, traducción y notas de Theodore E. Treutlein, Tucson, The University of Arizona Press, 1989 [reimp. 1990).

BAJA CALIFORNIA

JUAN MARÍA DE SALVATIERRA (1648-1717)

De las muchas aficiones que Juan María de Salvatierra cultivó en su vida, la escritura de cartas fue, indudablemente, la predilecta. Desde sus años mozos acostumbró dirigirse por escrito a sus familiares, amigos y superiores para formular peticiones, para dar cuenta de noticias y sucesos y, en suma, para registrar todo aquello que reclamaba el escrutinio de su inquieta, perspicaz y curiosa atención.

Juan María, nacido en Milán el 15 de noviembre de 1648, fue el quinto hijo de la familia formada por Giovanni Salvaterra y Beatrice Visconti.²⁹ Por rama paterna descendía de una ilustre familia de Andújar

²⁸ Armando Hopkins Durazo, “Introducción del traductor español”, en *Descripción de la provincia de Sonora del padre misionero Ignacio Pfefferkorn, segundo libro*, traducido de la versión inglesa por Armando Hopkins Durazo, México, Gobierno del Estado de Sonora, 1983, p. 15.

²⁹ Aquí sólo presento una apretada síntesis biográfica de Salvatierra. Para mayor información, véase: Miguel Venegas, *El apóstol mariano representado en la vida del V. P.*

(Andalucía); por el lado materno pertenecía a un noble linaje lombardo que había dado duques a Milán y a la región circundante. Su hermano mayor, de nombre Giovanni, había ingresado en la Compañía de Jesús pocos meses antes del nacimiento del que, andando el tiempo, sería célebre misionero en Nueva España. Con la esperanza de perpetuar el nombre y el apellido familiares, el padre impuso el mismo apelativo al menor de sus hijos.

Huérfano de padre a los 6 años, Juan estuvo algún tiempo en Cremona, al cuidado de su hermana, y luego volvió a Milán, a continuar sus estudios. Más tarde pasó al Colegio Jesuita para nobles, en Parma. Se dice que en ese plantel —donde aprendió letras, música, francés y esgrima— tuvo noticias sobre los misioneros que predicaban el evangelio en China y que, desde entonces, surgió en él la idea de cruzar el mar alguna vez para trabajar en las conversiones de los pueblos gentiles.

En 1688, antes de cumplir los 20 años, ingresó al noviciado de la Compañía en Génova. Entonces, a fin de distinguirse de su hermano que ya hacía largo tiempo había profesado con los jesuitas, añadió a su nombre el de “María”. Los superiores ignacianos estaban muy satisfechos de las prendas de su joven novicio, que no sólo era inteligente, sino que también hacía gala de una sólida formación lingüística y filosófica.

Desde 1670, Juan María de Salvatierra solicitó al general, padre Gian Paolo Oliva, que se le enviase a las misiones en Indias, petición que reiteró hasta 1675, cuando Oliva se avino a satisfacerla. En ese momento, Salvatierra cursaba el primer año de teología y, en contra de lo acostumbrado, se le ordenó sacerdote para que pudiera incorporarse a un contingente de misioneros.

En el verano de 1675 hizo el viaje de Génova a Alicante, de Alicante a Cádiz y de Cádiz a América. Junto con él iban otros 15 jesuitas, cuatro italianos y diez españoles, todos destinados a Nueva España. Y pese a que él y sus compañeros enfermaron de fuertes calenturas en la prolongada navegación no hubo decesos y el grupo hizo su entrada a la ciudad de México el 11 de octubre del año mencionado.

Entre 1675 y 1680 Juan María estuvo bastante atareado, preparándose en los colegios jesuitas de México y Puebla, donde terminó sus

Juan María de Salvatierra de la Compañía de Jesús, fervoroso misionero de la Provincia de la Nueva España y conquistador apostólico de las Californias..., México, 1745. El mejor estudio biográfico contemporáneo es el de Ernest J. Burrus (ed.), *Juan María de Salvatierra. Selected Letters, about Lower California*, Los Ángeles, Dawson Books, 1971, p. 28 y s. (que proporciona referencias a diversas fuentes europeas en las que apoya su esbozo); también está el de Luis González Rodríguez, en Ignacio del Río (ed.), *La fundación de la California jesuítica. Siete cartas de Juan María de Salvatierra, S. J. (1697-1699)*, México, Universidad Autónoma de Baja California Sur, 1997, p. 25-57. Véase igualmente Luis González, *Crónicas de la Sierra Tarahumara*, México, Secretaría de Educación Pública, 1987, p. 108-112.



estudios de teología, perfeccionó su castellano y aprendió bastante bien el náhuatl. También ejerció su ministerio sacerdotal en el confesionario y en las cárceles.

El joven padre Salvatierra introdujo en la ciudad de México una devoción mariana que gozaba de gran popularidad en Italia y a la que él, en lo particular, era particularmente afecto: la de la virgen de Loreto. Para tal propósito, hizo que su hermano le enviara desde Génova una talla de la virgen y erigió —con la colaboración de algunos benefactores— una capilla en el Colegio de San Gregorio, que se dedicó el 5 de enero de 1680.

Tal fue su última acción en la capital, pues en el transcurso de la primavera del año citado recibió la orden de trasladarse a las misiones del norte, a la zona de Chínipas en la Sierra Tarahumara. En esta región montañosa y accidentada, que hoy forma parte de los estados de Sinaloa, Sonora y Chihuahua, Salvatierra se empezó a ejercitar en el arduo trabajo misional. A las conversiones del norte dedicaría, con pequeños intervalos debidos a sus nombramientos, el resto de su vida.

En la sierra se hizo cargo de los establecimientos de Témoris y Guazapares; asimismo fundó y atendió dos nuevas misiones: las de San Francisco Javier de Cerocahui y los Mártires de Japón de Cuiteco. De su labor y sus observaciones dio cuenta por escrito en abundante correspondencia dirigida a otros ministros jesuitas y a sus familiares. En la zona serrana trabajó diez años, lidiando en principio con las dificultades ordinarias del trabajo apostólico entre los tubares, tarahumaras y otras etnias, y luego con el estado de emergencia que representó la sublevación de pimas y tarahumaras, exasperados por las continuas incursiones de militares y civiles, cuya finalidad era secuestrar a los naturales para llevarlos al trabajo de las minas.

Recibió Salvatierra el nombramiento de visitador de las misiones de Sinaloa y Sonora en 1690, y de su intensa actividad dejó registro en las múltiples cartas que escribió a los superiores de la Compañía.³⁰ Al concluir su trienio, se le designó rector del Colegio de Guadalajara; tres años después ocupó el mismo cargo en el plantel de Tepozotlán. Mientras desempeñaba estas comisiones, Salvatierra estuvo gestionando con las autoridades novohispanas el establecimiento de fundaciones misionales permanentes en la Baja California; su labor persuasiva rendiría frutos a principios de 1697, cuando el virrey autorizó el proyecto.

En octubre de 1697 Salvatierra desembarcó en la península, en el paraje que pronto se convertiría en la misión de Loreto; al poco tiem-

³⁰ Parte de ella es recogida en González, *Crónicas de...*, p. 114 y s., quien aporta las referencias sobre los repositorios documentales donde se encuentra.

po se reunió con él el padre Francisco María Pícolo y entre ambos empezaron el trabajo de conversión entre los grupos indígenas de la península.³¹ En 1704 Juan María Salvatierra se vio precisado a abandonar la Baja California en virtud de haber sido designado provincial de México; no obstante, hizo los arreglos necesarios para volver y permanecer en su nuevo campo misional durante el verano de 1705. Ya en 1706, luego de entregar el cargo en México, retornó a la península donde permanecería trabajando intensamente hasta su muerte, en el año de 1717.

La obra

Aunque Salvatierra no escribió propiamente ninguna “historia”, las tempranísimas ediciones —1698 y 1699— de algunas de las cartas de este padre pionero, hablan con elocuencia tanto de la importancia de sus informes, como del interés que en México despertaron desde el principio los asuntos de la California. De ahí en adelante, en forma compendiada o completa, en su lengua original o traducidas, varias piezas de material epistolar se ha vertido en caracteres de imprenta. En el presente siglo, por ejemplo, Herbert Bolton, Ernest J. Burrus, Michael Mathes, Roberto Ramos y Miguel León-Portilla han editado no sólo la correspondencia de Salvatierra, sino también la de Kino, Ugarte, Pícolo, Linck y Bravo, entre otros.

Pero con todo y lo meritorio de estos esfuerzos, lo publicado viene a ser sólo la punta del iceberg; la mayor parte de la masa informativa de la correspondencia misional jesuítica aún aguarda en los repositorios a que alguien se dé a la tarea de extraerla, depurarla, estudiarla, anotarla y darla a la luz pública.

No es sencillo explicarse los motivos por los que este caudal de testimonios —producto de una tradición epistolar ignaciana establecida en la península precisamente por el fundador, Juan María Salvatierra—, no ha recibido hasta hoy la atención que su importancia parece demandar. Pero esto quizá se deba a que, en su conjunto, se les considera “escritos menores”. Y quizá ya sea tiempo de hacer una revisión crítica de los supuestos tradicionales de categorización de la historiografía, un examen profundo y acucioso que tienda a ponderar más el valor testimonial que estos textos tienen para la historia que los elementos formales del género.

³¹ Para más detalles sobre su labor, *vid. infra*, el apartado sobre Francisco María Pícolo, p. 1331-1335.



Desde luego, a diferencia de las crónicas, estas cartas de misioneros no tienen una cabal “intencionalidad histórica”; esto es, no fueron escritas con el propósito de interpretar hechos “a la distancia”, de aclarar su sentido y de aportar una explicación contextual de ellos. Su finalidad básica, ciertamente, era informar, relatar acontecimientos o registrar observaciones directas. Y aunque sean fragmentarias, puntuales, en ocasiones más descriptivas que analíticas, o que carezcan de una visión general o unitaria sobre algún proceso, no pierden el carácter de narrativa histórica, en tanto que son apreciaciones de primera mano —con una determinada carga ideológica— sobre hechos y relaciones humanas singulares que, en muchos casos, se extinguieron casi en el momento mismo de dar cuenta de ellos.

Aunque escritas en momentos y circunstancias distintas, las cartas de Juan María de Salvatierra que han llegado a editarse no son en realidad informes aislados, sino que constituyen una especie de secuencia informativa, muy detallada, sobre los acontecimientos relativos al establecimiento y primeros años de vida de la misión de Nuestra Señora de Loreto, fundación pionera para la empresa española de dominio sobre California.

Las más largas, que son las que integran esta serie informativa, fueron las dirigidas al procurador de las misiones californianas, el padre Juan de Ugarte. Otras tres, más sucintas y generales, tuvieron por destinatarios, respectivamente, al virrey, conde de Moctezuma, a su esposa, la duquesa de Sesa, y al clérigo don Juan de Caballero y Ocio, benefactor queretano de la nueva fundación. Dicha correspondencia fue bastante conocida en su momento, pues de ella circularon diversas copias en la ciudad de México. Algunas de ellas las publicaron los impresores Guillén Carrascoso (1698) y la viuda de Bernardo Hogal (1699).

No se perdió memoria de ellas, dado que en el siglo XIX, y echando mano de los trasuntos que se encuentran hoy en el Archivo General de la Nación, don Manuel Orozco y Berra editó las siete, las cuatro dirigidas a Ugarte y las otras tres a los demás destinatarios, en su colección *Documentos para la historia de México*.

Ya en 1946, Constantino Bayle las incorporó a una obra suya titulada, *Misión de la Baja California*, para lo que se sirvió de las copias que existen en la Biblioteca de la Real Academia de Madrid. Un año antes, el editor Vargas Rea, de México, sacó a la luz una de las cartas remitidas a Ugarte. Por su parte, Ernest J. Burrus hizo una selección de tres de ellas y las publicó, traducidas al inglés, en 1961.

Finalmente, acompañadas de un estupendo análisis, Ignacio del Río ha reeditado las siete. Del Río no se limitó a tomar las copias de uno u otro archivos, sino que llevó a cabo un minucioso trabajo de

compilación y cotejo de todos aquellos trasuntos conocidos. Su examen no paró aquí; también comparó las copias manuscritas con los textos publicados, lo que hace de su edición, indudablemente, la mejor de cuantas se han hecho hasta el momento.

Ediciones

Copia de quatro cartas de el padre Juan María de Salvatierra, México, Imprenta de Juan Joseph Guillén Carrascosa, 1698. [Hay una reedición moderna: *Loreto, capital de las Californias: las cartas fundacionales de Juan María de Salvatierra*, estudio, reproducción, notas y transliteración de Miguel León-Portilla, Tijuana, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1997.]

Copia de cartas de California, escritas por el padre Juan María de Salvatierra y Francisco María Píccolo, México, Imprenta de la viuda de Bernardo Calderón, 1699.

Memorias para la historia natural de California: carta del padre Juan María de Salvatierra al padre Ugarte, julio 1699, México, Vargas Rea, 1945.

Constantino Bayle (ed.), *Misión de la Baja California/ R. P. Juan María Salvatierra*, Madrid, La Editorial Católica, 1946.

Ignacio del Río (ed.), *La fundación de la California jesuítica. Siete cartas de Juan María Salvatierra, 1697-1699*, estudio biográfico de Luis González Rodríguez, México, Universidad Autónoma de Baja California Sur, 1997.

En inglés:

Selected Letters About Lower California, traducción y notas de Ernest J. Burrus, Los Ángeles, Dawson Books, 1971.

Biografías sobre Salvatierra:

[Siglo XVIII]

Juan Antonio Oviedo, S. J., *El apóstol mariano, representado en la vida del V. P. Juan María de Salvatierra de la Compañía de Jesús, conquistador espiritual de las Californias*, México, María de Rivera, 1754.

Miguel Venegas, S. J., *Vida admirable del P. Juan María Salvatierra, Conquistador de Californias*, México, 1755. [Edición inglesa de Marguerite Eye Wilbur, Cleveland, Arthur H. Clark, 1929.]

Alfonso René Gutiérrez (ed.), *Edición crítica de la Vida del V. P. Juan María de Salvatierra, S. J., escrita por el P. César Felipe Doria [1688-1750]*, prólogo de Miguel León-Portilla, Hermosillo, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1997.



Para estudios biográficos modernos, véase Luis González Rodríguez, en la edición de Ignacio del Río (1997).

FRANCISCO MARÍA PÍCCOLO (1654-1729)

Los Píccolo eran familia noble y pudiente radicada en Palermo, Sicilia. En el seno de ella, el 25 de marzo de 1654, nació Francisco María que, en cuanto tuvo edad competente, fue enviado al colegio jesuita de su ciudad a estudiar gramática, literatura, retórica y filosofía. Siendo colegial, sus propios compañeros lo designaron prefecto de la congregación mariana. Cuando Francisco María terminó sus estudios, ingresó al noviciado ignaciano (1 de noviembre de 1673). Cuatro años después se trasladó al colegio de Marsala, donde fungió como maestro y director de la congregación inferior. A fines de 1678 pasó a otro colegio, ahora al de Módica, en la misma isla, para dictar cátedra de literatura. Su cuarto y último año de magisterio lo pasó en Malta.

Ya en 1680 estaba de nuevo en Palermo, haciendo sus cursos de teología. Del 2 de julio de 1682 data la carta en la cual Francisco María Píccolo solicitaba al general de la Compañía, padre Carlos Noyelle, autorización para viajar a las Indias Occidentales a servir como misionero. Con el permiso en la mano, pasó a Cádiz en diciembre del mismo año, sólo para enterarse de que la flota anual ya había zarpado. Con todo, los oficiales de Contratación tomaron por entonces nota de su descripción física para los documentos de embarque: “alto de cuerpo, blanco, pelo rubio, ojos azules”.³²

En el otoño de 1683, junto con los también jesuitas José Stassi y Horacio Polici, abordó el galeón que conducía a Guatemala al general Enríquez de Guzmán, nuevo gobernador. De Guatemala, los misioneros pasaron a Oaxaca y de ahí a Puebla, para arribar a la ciudad de México en febrero de 1684. Píccolo tuvo apenas el tiempo necesario para reponerse de la larga jornada, antes de proseguir su camino rumbo a la Tarahumara (Chihuahua), a donde se le destinó.

Por la muerte del padre Ratkay, que era el pastor de la localidad, Píccolo se hizo cargo de inmediato de la misión de Jesús Cárchic; esto sucedió el 20 de abril de 1684. Con las dificultades lógicas pero en poco tiempo, el padre Píccolo aprendió la lengua de su grey y llegó a

³² Francisco Zambrano y José Gutiérrez Casillas, *Diccionario bio-bibliográfico de la Compañía de Jesús en México*, v., México, Editorial Tradición, 1977, t. XVI, p. 369.

dominarla. Sus catecúmenos lo vieron también reconstruir la iglesia, escribir informes,³³ y atender a sus necesidades materiales y espirituales por término de cinco años.

El 2 de febrero de 1689 Francisco María hizo su profesión, de manos del padre Francisco Celada, en el templo de la vecina misión de Satevó. También le correspondería relevar a Celada como visitador y apaciguar a los tarahumaras, “cuando los sublevados naturales de las cercanas misiones pimas mataron [...] a los padres Diego Ortiz de Foronda y Manuel Sánchez”.³⁴

Eusebio Francisco Kino instó por mucho tiempo a Pícolo para que pasara a laborar a Sonora, pero éste permaneció en Cárichic hasta el otoño de 1697, cuando salió rumbo a California, a auxiliar al padre Juan María Salvatierra en los inicios de su empresa peninsular. Cabe decir que si Pícolo finalmente se decidió a abandonar a sus tarahumaras fue porque así se lo pidió el obispo de Durango, García de Legazpi, y porque en la aventura que iniciaba iba como sustituto del propio padre Kino, que tuvo que quedarse en las Pimerías.

Teniendo como base la recién fundada misión de Loreto (25 de diciembre), los padres Salvatierra y Pícolo empezaron su labor apostólica y exploratoria. En su propio Informe, Pícolo apunta que él se hizo cargo de la enseñanza de los niños californios, al tiempo que Salvatierra se encargaba de los adultos. Pronto, ambos padres aprendieron las lenguas monqui y laymona, con lo que pudieron adoctrinar mejor a los naturales. En cuanto a las expediciones, Salvatierra tomó los territorios al norte y oriente de Loreto y Pícolo los que caían al sur y al poniente. En alternancia con estos trabajos, los dos misioneros enviaron una abundante correspondencia al padre Juan de Ugarte, procurador de la empresa californiana. Varias de las de Salvatierra y una de las cartas de Pícolo fueron publicadas en México por Ugarte en 1699. La del padre Francisco María es la relativa a su exploración en la zona poniente de Loreto. En los años siguientes, Pícolo haría muchas otras expediciones de reconocimiento; en 1699 fundó la misión de San Javier Viggé, al suroeste de Loreto.

Por la falta de recursos y bastimentos para las nuevas fundaciones, en 1702 el padre Pícolo emprendió un viaje a México, decidido a subsanar estas carencias. Al arribar a Guadalajara, el presidente de la Audiencia le dio la buena nueva de que, por cédula real, Felipe V

³³ Se conserva de él una “Nómina de los tarahumaras bautizados; [y recuento de] animales que tiene la misión [de Cárichic], etc[...]”, AGN, *Temporalidades*, 279.

³⁴ Ernest J. Burrus, “Introducción general” a Francisco María Pícolo, *Informe del estado de la nueva cristiandad de California, 1702, y otros documentos*, editado por Ernest J. Burrus, Madrid, Porrúa Turanzas, 1962 (Colección Chimalistac, 14), p. 5.



concedía a los establecimientos jesuitas de las Californias la suma de 6 000 pesos anuales, pero que requería mayor información sobre el estado de cosas en aquella región. Píccolo redactó entonces su Informe y entregó copia al presidente de la Audiencia en febrero. Luego, se fue a México a fin de imprimir el documento, de solicitar al padre provincial más misioneros destinados a la península y de cobrar la suma prometida. En la capital del virreinato cumplió sus encomiendas no sin antes pasar por algunas dificultades: finalmente, el texto pasó a prensas; se le asignaron a Píccolo dos jesuitas para las misiones y, con el apoyo del fiscal de la Audiencia José Antonio de Espinosa, virtualmente logró arrancarle al renuente arzobispo- virrey, Juan de Ortega Montañez, los 6 000 pesos que el rey autorizara, suma que, por cierto, no volvería a entregarse.

En octubre del mismo año, el padre Píccolo ya estaba de vuelta en su misión de San Javier Viggé y, a principios de 1703, emprendió otra expedición por California. El bienio siguiente fue particularmente difícil para las nuevas fundaciones californianas; los misioneros, los soldados y los indígenas empezaron a padecer hambre y privaciones, y para que la Compañía no tuviera que renunciar a la empresa, como ya había ocurrido muchos años antes, en 1705 el padre Píccolo pasó a la contracosta, a coleccionar víveres, ganado e implementos en las misiones de Sinaloa y Sonora. De 1705 a 1709 permaneció en Sonora, en calidad de visitador de misiones; en este periodo aprendió también la lengua pima. Hacia 1709 cruzó el mar nuevamente y se quedó al frente del establecimiento jesuita de Santa Rosalía Mulegé, sin que ello le representara renunciar a sus exploraciones por la península. Los achaques que ya padecía no le impidieron llegar hasta el septentrión de la Baja California y alcanzar la costa del Pacífico (la relación de este viaje se publicó en una traducción alemana, en la revista austriaca *Der Neue Welt Bott*, Graz, 1726).

En 1718, su edad y sus enfermedades lo obligaron a pasar a la misión de Loreto, donde recibió el nombramiento de superior. Aquí permanecería hasta el día de su muerte, que llegó el 22 de febrero de 1729.

En vida de Píccolo sólo se editaron dos de sus escritos (1699 y 1702. El tercero de ellos, 1716, como se dijo antes, se publicó en alemán). Con todo, en realidad redactó más de 500 páginas de documentos originales sobre los indios y las fundaciones de la Baja California (sin contar sus informes de Sonora).

Aunque Píccolo no era historiador ni pretendió serlo, sus relaciones y testimonios epistolares tienen un enorme valor para la historia temprana de la península. De ellos dice Ernest J. Burrus:

El Informe compendia la historia de Baja California de 1697 a 1702; su conquista espiritual, el establecimiento de la primera población española y la reacción de los naturales a la fe cristiana y a la cultura de Occidente. [...]

Las expediciones de 1709 y 1716, descritas circunstancialmente, constituyen la fuente principal de nuestro conocimiento de la península californiana durante esos años. [Sus numerosas cartas] aunque proporcionan datos adicionales de menor importancia, contienen, sin embargo, la clave para seguir los acontecimientos de 1699 a 1721.³⁵

En estos materiales hay datos sobre los grupos indígenas, sus lenguas, costumbres y creencias; se reseñan los esfuerzos de los primeros padres por asegurar la permanencia de sus misiones, su búsqueda de fondos y su acopio de religiosos; se incluyen también abundantes referencias geográficas de las regiones que Pícolo atravesó y exploró.

Hay que destacar la visión providencialista que sobre toda la empresa de la conquista espiritual a cargo de los ignacianos tiene el padre Francisco María: según él, a través del patrocinio de la Virgen,³⁶ Dios permitió que se hallaran estas tierras y que se empezara a evangelizar a sus habitantes. Es de sobra conocida la devoción mariana de los jesuitas, pero, en el caso concreto de Pícolo, quizá esta inclinación haya sido reforzada por todos los años que fue director de congregaciones marianas en Europa. Tal vez también esta ciega confianza en la ayuda que podía prestar la Madre de Dios a los trabajos de los religiosos en la península dé cuenta del enorme optimismo con el que Pícolo ve el proyecto de cristianización de los naturales.

Aparte de la utilidad testimonial que el *Informe* y las cartas de Francisco María Pícolo hayan reportado a los interesados de su época y de la posteridad, también tuvieron un efecto inmediato en el orden práctico, que era, quizá, lo que más le importaba al misionero italiano. Al menos, gracias a sus escritos, logró recabar recursos monetarios del virrey para resolver algunos de los problemas más acuciantes de los primeros establecimientos; también, su *Informe* sirvió de inspiración para el que poco después elaboraría Eusebio Francisco Kino sobre la Pimería.

Escritos y correspondencia éditos

Copia de cartas de California, escritas por el padre Juan María Salvatierra y Francisco María Pícolo, su fecha 9 de julio deste año de 1699..., México, 1699.

³⁵ *Ibid.*, p. 15.

³⁶ *Ibid.*, p. 170-171.



Informe del estado de la nueva cristiandad de California que pidió por auto la Real Audiencia de Guadalajara, obedeciendo a la Real Cédula de N. rey y señor D. Felipe V, fecha en Madrid, a 17 de julio de 1701, que ordena su majestad se le informe individualmente acerca de la nueva cristiandad, del progreso, aumento y población de aquel nuevo reino. Dado y respondido a la dicha real Audiencia de Guadalajara, por el padre Francisco María Pícolo, de la Compañía de Jesús [México, s.e., 1702]. [Hay una segunda edición que tal vez date del mismo año o del siguiente.]

Informe del estado de la nueva cristiandad de California, 1702, y otros documentos, editado por Ernest J. Burrus, Madrid, Porrúa Turanzas, 1962 (Colección Chimalistac, 14). [Excelente edición académica; incluye otras cartas de Pícolo y de otros jesuitas. Proporciona una visión general de los inicios de la evangelización en Baja California.]

Roberto Ramos [ed.], *Tres documentos sobre el descubrimiento y exploración de Baja California por Francisco María Pícolo, Juan de Ugarte y Guillermo Stratford*, México, Jus, 1958.

Traducciones:

Del *Informe* hay además ediciones francesa (1705, varias reimpressiones), inglesa (1743, varias reimpressiones), italiana (1752) y castellana (Madrid, 1753). Todas las anteriores fueron hechas a partir de la versión francesa; presentan errores y agregados, al extremo que el texto de Pícolo apenas es reconocible.

Hay edición alemana (1726) del informe de la exploración que Pícolo llevó a efecto en 1716. Se publicó en *Welt Bott* y procede de una traducción latina del texto original.

Biobibliografía sobre Pícolo:

Juan Antonio Balthasar, *Carta del padre provincial Juan Antonio Balthasar, en que da cuenta de la ejemplar vida, religiosas virtudes y apostólicos trabajos del fervoroso misionero, venerable padre Francisco María Pícolo*, México [s. e.], 1752.

Ernest J. Burrus, "Francesco Maria Piccolo (1654-1725), Pioneer of Lower California in the Light of the Roman Archives", *The Hispanic American Historical Review*, v. 55, n. 1, febrero 1955, p. 61-76.

Ernest J. Burrus, "Introducción general" a Francisco María Pícolo, *Informe del estado de la nueva cristiandad de California, 1702, y otros documentos*, edición de Ernest J. Burrus, Madrid, Porrúa Turanzas, 1962 (Colección Chimalistac, 14), p. 5-13.

MIGUEL VENEGAS (1680-1764)
ANDRÉS MARCOS BURRIEL (1719-1762)

El insigne erudito y teólogo Miguel Venegas nació en la Puebla de los Ángeles el 4 de octubre de 1680. Antes de que cumpliera 20 años, el Colegio de San Pablo del seminario angelopolitano le ofreció una beca, pero Venegas renunció a ella para irse a la ciudad de México. Ingresó en la Compañía de Jesús, en el noviciado de Tepozotlán, el 30 de agosto de 1700. Fue maestro de latín, retórica y filosofía en el Colegio Máximo de San Pedro y San Pablo; en 1714 se le designó catedrático de teología moral. En 1724, “a resultas de dos sangrías que recibió mal recetadas”, dice Beristáin,³⁷ tuvo que dejar su actividad en las aulas.

Como sus superiores le tenían por hombre “de ingenio, juicio y aprovechamiento en letras óptimo, de grande prudencia, de suficiente experiencia, de complexión sanguínea y de talento para todo”,³⁸ pensaron que él sería el idóneo para elaborar una obra histórica relativa al trabajo misional de la Compañía de Jesús en Baja California, comisión que le fue encomendada alrededor de 1734.

Oriundo y siempre residente en el altiplano central y, por lo mismo, sin experiencia ni conocimiento directos de su objeto de estudio, el padre Venegas empezó su tarea trasegando documentos en los archivos ignacianos de la ciudad de México. Se sabe que

tuvo presentes varias relaciones escritas por el venerable padre Juan María de Salvatierra [...]. Otras de los padres Francisco María Píccolo y Juan de Ugarte [...]. La Historia manuscrita de las misiones de Sonora por el padre Eusebio Francisco Kino. Un diario de don Esteban Rodríguez Lorenzo, primer capitán del presidio californico. Los autos y papeles sobre la California, archivados en la Secretaría del Superior Gobierno del virrey de México. Muchas cartas de los misioneros de la California a diferentes sujetos en diversos años. Los papeles de la Procuraduría de la Misión de California en México y, finalmente, los apuntamientos y memorias que el padre Sigismundo Taraval [...] recogió desde el año de 1732 de orden del padre Juan Antonio de Oviedo, provincial de Nueva España, para la formación de la Historia de California [...].³⁹

³⁷ Beristáin de Souza, *op. cit.*, t. III, p. 290.

³⁸ Zambrano, *op. cit.*, t. XVI, p. 263.

³⁹ [Andrés Marcos Burriel], “Prólogo” a *Noticia de la California y su conquista temporal y espiritual hasta el tiempo presente. Sacada de la historia manuscrita formada en México, año de 1739, por el padre Miguel Venegas de la Compañía de Jesús y de otras noticias y relaciones antiguas y modernas. Añadida de algunos mapas particulares y uno general de la América septentrional, Asia oriental y Mar del Sur intermedio, formados sobre*



Como se percató de que esto no era suficiente, elaboró algunos cuestionarios que remitió a misioneros activos en la península. Las respuestas a estos interrogatorios, junto con otras cartas e informes diversos fue el material con el que compuso un voluminoso manuscrito sobre cuyo primer folio anotó: *Empresas apostólicas de los padres misioneros de la Compañía de Jesús de la provincia de la Nueva España, obradas en la conquista de Californias, debidas y consagradas al patrocinio de María Santísima, conquistadora de nuevas gentes en su sagrada imagen de Loreto.*

Empero, el resultado de esos cinco años de arduo trabajo no dejaron satisfecho a Venegas: él sabía que su texto adolecía de imperfecciones, derivadas de la falta de información y del desconocimiento de los asuntos peninsulares, hechos que hizo constar en su prólogo. Pero así y todo, entregó el escrito a sus superiores, quienes, a su vez, lo mandaron a Madrid para su publicación, aunque no se dieron mucha prisa en ello, pues el grueso tomo manuscrito arribó a la Villa y Corte a fines de 1749.

En cuanto a lo que el padre Venegas hizo el resto de su vida, hay poco que destacar: vivió en el campo, dedicado a estudiar cuestiones de botánica, química y medicina y a escribir opúsculos píos; falleció a los 84 años en la hacienda de Chicomocelo.

El manuscrito de Miguel Venegas, sin embargo, no llegó a las prensas ibéricas, sino a las manos del padre Andrés Marcos Burriel, un ignaciano español erudito y muy afecto a las cosas de California, a donde incluso, trató alguna vez —infructuosamente por cierto—, de ser enviado como misionero. Junto con el manuscrito, Burriel recibió de sus superiores el encargo de revisarlo y corregirlo, encomienda para él grata, porque de inmediato se dio a la tarea con un empeño y dedicación ejemplares.

Como era de esperarse, el padre Burriel encontró en el texto mucho que rectificar y así lo manifestó:

habiéndole leído con atención y registrado los muchos papeles que, en orden a la misión californica, se guardan en la Procuraduría General de Indias en Madrid, pareció, desde luego, que no podía publicarse la obra del padre Venegas como venía. [...] Sin embargo [...] de ser la obra muy dilatada y que apenas se trata en ella de otra cosa que de las empresas de los jesuitas, faltaban sobre esto mismo muchas noticias en ella, fuera

las memorias más recientes y exactas que se publican juntamente. Dedicada al Rey Nuestro Señor por la Provincia de la Nueva España de la Compañía de Jesús, 3 v., edición de Luis Álvarez y Álvarez de la Cadena, México, Layac, 1944, I, p. 18.

de otras cosas que justamente pudieran echarse de menos por los lectores curiosos.⁴⁰

Con tal argumento, Burriel consultó muchos documentos adicionales (relaciones, cartas, informes, copias de consultas, cédulas reales, etcétera), que se encontraban en el Archivo de la Provincia General de Madrid; recurrió también a materiales éditos (las obras de Fernando Colón, Hernán Cortés, Bernal Díaz del Castillo, Gonzalo Fernández de Oviedo, Francisco López de Gómara, Álvar Núñez Cabeza de Vaca, Juan de Mariana, Antonio de Herrera, fray Juan de Torquemada, Andrés Pérez de Ribas y José Antonio Villaseñor, entre las más conocidas; además revisó diversos trabajos de muchos naturalistas y geógrafos europeos de los siglos XVII y XVIII). Como hiciera Venegas antes que él, envió nuevos cuestionarios a los misioneros de California, con cuyas respuestas —que no fueron muchas— actualizó la información de las *Empresas apostólicas*, para incluir los sucesos ocurridos hasta 1752.

Con esta nueva masa informativa, Burriel puso manos a la obra: suprimió pasajes enteros del texto de Venegas, introdujo otros muy extensos de su pluma, modificó el orden de algunos más y levantó un plano de la península para precisar lugares y fundaciones. El producto final resultó tan distinto del primitivo, que Andrés Marcos Burriel se creyó en la necesidad de consignar: “Húbose de emprender de nuevo todo el trabajo, sirviendo de fondo principal el del padre Venegas”.⁴¹ Por lo mismo, quizá, el título que puso a esta obra fue también otro: *Noticia de la California y de su conquista temporal y espiritual hasta el tiempo presente. Sacada de la historia manuscrita formada en México, año de 1739...*

Por fin, hacia 1754, Burriel entregó al procurador de Nueva España, Ignacio Altamirano, los folios de su trabajo, que tampoco pasaron de inmediato a la imprenta. Mediante la intervención de la Real Academia de la Historia se formó un grupo constituido por tres censores que revisaron esta nueva versión. A su vez, dicho equipo introdujo en el manuscrito las variantes y modificaciones que se juzgaron pertinentes; entre ellas, para desazón de Burriel, un mapa que reemplazaba al que tan trabajosamente había trazado el primer revisor de Venegas. Finalmente, en 1757, a 18 años de que el padre Venegas terminase su borrador, el desfigurado texto salió de las prensas madrileñas, ya convertido en libro con la designación que le había dado Burriel.

La *Noticia* consta de cuatro partes: la primera (de siete capítulos) lleva por título “Descripción de la California y sus habitantes”, los

⁴⁰ *Ibid.*, p. 17.

⁴¹ *Loc. cit.*

temas de ésta son esencialmente tres: geografía física, recursos naturales y grupos humanos de la península. La parte segunda (de sólo cinco capítulos), “Tentativas para la conquista de la California hasta la entrada en ella de los jesuitas”, es una prolija historia de las expediciones españolas de reconocimiento y poblamiento realizadas desde los años treinta del XVI hasta fines del XVII. La tercera parte, “Reducción de la California por los jesuitas y su adelantamiento hasta el tiempo presente” que, aparentemente, era el grueso de la historia original de Venegas, constituye la sección más extensa, 22 capítulos. Como el título lo indica, el tercer apartado es la saga de la Sociedad de Jesús en la península, precisamente desde la primera entrada del padre Juan María de Salvatierra (1697) hasta las últimas noticias de la región recogidas en 1752 (v. g., el alzamiento de los seris en la contracosta). La cuarta y última parte — “Apéndices a la *Noticia de la California*” — incluye fundamentalmente relaciones de viajes y expediciones por las costas californianas a cargo de españoles e ingleses entre 1602 y 1747.

Si el criterio de los “editores”, en principio el del padre Andrés Marcos Burriel y luego el de sus censores, era que el trabajo de Venegas tenía que reformarse, también debieron haber optado por publicar el libro con el agregado de sus nombres, pues, como se ha apuntado, lo que salió de prensas no tenía mucho que ver con lo que Venegas tituló *Empresas apostólicas*. El escrito de Venegas era primordialmente una historia de las fundaciones y exploraciones jesuíticas en California; los agregados de Burriel (y quizá también los de su equipo de revisores) hacen de la *Noticia* un texto mucho más amplio, informativa y conceptualmente hablando. Y si luego de la intervención de las manos ajenas a las de Venegas, el escrito no ganó en precisión histórica y etnográfica sobre California, es indudable que su enfoque político sí se hizo más definido, de hecho, concluyente. De esto da cuenta la nota que precede a la cuarta parte, esto es, la “Introducción a los apéndices a la *Noticia de la California*”, de la autoría de Burriel.

Para que la noticia que pretendo dar de la California sea la más cumplida y la más útil a nuestra nación española [...], me ha parecido que no debo contentarme con el mapa particular puesto al frente de este volumen y con lo que de su situación geográfica dije al principio de la primera parte; sino que también debo producir los documentos más seguros que hasta ahora logramos sobre sus dos costas, interior y exterior [...] y dar también las noticias que hubiere de las islas, tierras y mares que tienen con la California conexión natural y política. La razón es sobradamente visible. La California, mirada en sí misma, es la tierra más infeliz, ingrata y miserable del mundo. Sin embargo, se ha solicitado su conquista y reducción con extraordinarios gastos y diligencias de la Corona de España, desde el

tiempo mismo de Hernán Cortés [...]. Logróse finalmente esta reducción en este siglo por los padres de la Compañía de Jesús [...].

¿Qué cosa, pues, hace a la California tan importante y tan apetecible a la Corona de España [...]? Es de mi cargo satisfacer a esta pregunta [...] y a este solo fin se dirige el trabajo de esta cuarta parte. [...] A la California hace tan estimable su ventajosa situación [...] Su situación sola la hace más importante [...] aunque tan miserable y pobre, así para el fin principal de la extensión de la fe y religión católica como para el bien del Estado. [...]

La California tiene, en primer lugar, esencial conexión con las provincias que le son fronteras en el continente de Nueva España. Desde el Cabo de Corrientes y aun desde el mismo puerto de Acapulco hacia el norte, no pueden tener seguridad las costas americanas sobre la Mar del Sur mientras no estuviese sujeta a Dios y al rey Católico la California [...] sería muy grande el temor y el riesgo del imperio mexicano, si alguna potencia extranjera hallase modo de fortificarse y mantenerse dueña de la California [...].

No es menos importante [...] para el adelantamiento de la fe y extensión de los dominios del rey en la América septentrional. Hemos visto que las misiones jesuitas no sólo han allanado las ricas provincias de Culiacán, Sinaloa, Ostimuri, Yaqui y Sonora; sino que han avanzado hasta la Baja y Alta Pimería [...] falta reducir los pápagos, guaymas, tepocas y seris [...] que acaban de rebelarse [...] uniéndose a los feroces apaches. La reducción de estos indios siempre será difícil si se intenta entrar a ellos por el lado de la tierra; pero muy fácil si se pasase a sus costas desde la frontera californica [...].

Si las misiones y establecimientos españoles se han de adelantar con seguridad y proporción al norte de América, conviene no sólo unir las a la derecha con el Nuevo México, sino a la izquierda, pasando los ríos Gila y Colorado, hasta salir a la última costa conocida de la California sobre la Mar del Sur [...].⁴²

Las líneas que siguen a los párrafos citados continúan haciendo reflexiones muy sopesadas respecto de la importancia estratégica de asentar una indiscutible soberanía española sobre la península: se extienden en cuanto a las ventajas comerciales de la comunicación marítima entre Sinaloa y California y también en cuanto a la conveniencia de disponer en esta zona de un punto de escala para el galeón de Manila. Alerta asimismo contra las incursiones que los ingleses y los “rusianos” o “moscovitas” venían realizando ya en el Pacífico norte.

Esta “Introducción” a la parte final, en realidad, hubiera debido prologar o anteceder a la primera parte de la *Noticia*, dado que le da sentido

⁴² [Andrés Marcos Burriel,] “Introducción a los apéndices a la *Noticia de la California*. Parte cuarta”, *op. cit.*, III, p. 11-13. *Vid.* nota 39, p. 1336.



y articulación a toda la obra. A la luz de estos argumentos, se explica que Burriel y las autoridades de la Compañía hubieran decidido sacrificar el detalle histórico del avance misional, la prolijidad etnográfica sobre los indios californios o las minucias de la flora y fauna peninsulares, a cambio de privilegiar el peso estratégico del territorio en los planes de expansión imperial. Resaltando este aspecto —supondrían y supondrían bien— podrían asegurarse los recursos de las reales arcas para que la Sociedad de Jesús continuara su obra en las Californias.

Ya los solos títulos resultan elocuentes sobre los distintos propósitos que guiaron a sus autores: las *Empresas apostólicas* de Venegas, confeccionadas con un enfoque más local —dar razón de los trabajos de los misioneros jesuitas entre las etnias californianas— y sustentadas sólo en las experiencias de los primeros misioneros, se convirtieron así en la *Noticia de la California*, de envergadura y alcance imperiales —destacar la enorme importancia táctica del control efectivo sobre una región. Desde luego, el afán erudito, la interpolación de los datos y los análisis geográficos más recientes y la de notas históricas de los “clásicos” (Cortés, Herrera, Mariana, etcétera) no provienen del jesuita poblano, sino del español, cuyas pretensiones y perspectivas como escritor eran, sin duda, mayores.

Si en su calidad de texto histórico la *Noticia* fue luego objeto de acerbos críticas por parte de los mismos misioneros californianos (para rectificar sus imprecisiones y defectos escribirían más tarde Miguel del Barco y Juan Jacobo Baegert, por ejemplo), como alegato y como vehículo de difusión alcanzó gran éxito. Sabemos que la Sociedad de Jesús ya no cosecharía los beneficios esperados —dado que a los diez años justos de la edición Carlos III decidió expulsar a los jesuitas de sus dominios—, pero sí se percibió una inmediata reacción de la Corona para atender el poblamiento y el comercio de la zona. El célebre visitador José de Gálvez (que llegó a Nueva España en 1764) hizo de esta región objeto particular de sus cuidados; en el orden político pronto se establecería la Comandancia General de las Provincias Internas, una nueva forma de gobierno que incluiría a la península; y en el orden eclesiástico, se encomendaría a los franciscanos el avance sobre la costa californiana del Pacífico.

La *Noticia* de Venegas-Burriel alcanzó también gran celebridad en Europa; ya en los años sesenta del XVIII, circulaban por el continente diversas traducciones al francés, al inglés y al alemán (todas malas por cierto, y adicionadas con las fantasías más delirantes sobre las riquezas de la península).

A despecho de sus defectos, la *Noticia de la California* fue la primera “gran historia” de la California, el primer esfuerzo sistemático por

compendiar y divulgar la información relativa a las realidades peninsulares; y durante casi doscientos años, cosa que ni Venegas ni Burriel pudieron prever, nadie le disputó este privilegio.

Manuscrito original de Venegas

Empresas apostólicas de los padres misioneros de la Compañía de Jesús de la provincia de la Nueva España, obradas en la conquista de Californias, debidas y consagradas al patrocinio de María Santísima, conquistadora de nuevas gentes en su sagrada imagen de Loreto.

Se encuentra —aún inédito— en la Biblioteca Bancroft. Un trasunto quedó en poder de la Compañía de Jesús de la Provincia Mexicana (México, D. F.). Hay también una copia contemporánea, evidentemente preparada para imprenta, en la Real Academia de la Historia, Madrid, pero ésta no se ha publicado completa.

Ediciones del texto Venegas-Burriel

Miguel Venegas, *Noticia de la California y de su conquista temporal y espiritual hasta el tiempo presente. Sacada de la historia manuscrita formada en México, año de 1739, por el padre Miguel Venegas de la Compañía de Jesús, y de otras noticias y relaciones antiguas y modernas. Añadida de algunos mapas particulares y uno general de la América septentrional, Asia Oriental y Mar del Sur intermedio, formados sobre las memorias más recientes y exactas que se publican juntamente. Dedicada al Rey Nuestro Señor por la Provincia de la Nueva España de la Compañía de Jesús, 3 v., Madrid, Imprenta de la Viuda de Manuel Fernández, 1757.*

Miguel Venegas, *Noticia de la California y de su conquista temporal y espiritual hasta el tiempo presente. Sacada de la historia manuscrita formada en México, año de 1739, por el padre Miguel Venegas de la Compañía de Jesús, y de otras noticias y relaciones antiguas y modernas. Añadida de algunos mapas particulares y uno general de la América septentrional, Asia Oriental y Mar del Sur intermedio, formados sobre las memorias más recientes y exactas que se publican juntamente. Dedicada al Rey Nuestro Señor por la Provincia de la Nueva España de la Compañía de Jesús, 3 v., edición de L. Álvarez y Álvarez de la Cadena, México, Layac, 1944 [texto de la edición de 1757, mapas e ilustraciones].*

MIGUEL DEL BARCO (1706-1790)

Laboriosidad, empeño y disciplina son, sin duda, los rasgos más sobresalientes de la personalidad de este longevo misionero extremeño que sirvió durante treinta años en las misiones de la Baja California.

Miguel del Barco González vio la luz en el pueblo de Casas de Millán, provincia de Cáceres, el 13 de noviembre de 1706.⁴³ Aprendió las primeras letras quizá en Plasencia, y ya siendo mozo, se matriculó en la Universidad de Salamanca, donde estudió filosofía y jurisprudencia. Abandonó sus estudios de leyes para ingresar al noviciado jesuita de Villagarcía de Campos, Castilla, el 18 de mayo de 1728. Luego, fue maestro de gramática en el colegio ignaciano de Monterrey, Galicia, de donde se trasladó a Santiago de Compostela, a continuar sus estudios de filosofía, para volver más tarde a Salamanca, en cuyas aulas concluyó sus cursos de teología.

En 1735 pasó a América, en la misión encomendada al padre Juan Guenduláin; a causa del naufragio del buque que los transportaba, Miguel del Barco llegó a nado a las playas de Veracruz. Tres años pasó Barco en la ciudad de México, estudiando en el Colegio Máximo de la Compañía para completar su carrera eclesiástica. Ya ordenado, se le asignó al Colegio del Espíritu Santo, en Puebla; aquí mismo le llegó, en 1738, la orden para trasladarse a las misiones californianas. Se le destinó a la misión de San Javier, de indios cochimés.

El padre Barco realizó diversos viajes por la península, aunque siempre mantuvo como base San Javier. En 1748 era superior de uno de los rectorados o circunscripciones en los que se distribuían las misiones de la península; en 1751 era ya visitador de toda la península, cargo que se le volvió a encomendar en 1761.

Su trabajo en San Javier fue particularmente provechoso, pues no sólo aprendió con maestría la lengua cochimí, sino que también realizó obras de mejoramiento material en la misión. Con múltiples esfuerzos logró dirigir en cañerías los cauces de pequeños arroyos hasta un terreno llano que convirtió en huerta. Encañó igualmente las aguas de un manantial distante para conducir las a San Javier, donde

⁴³ Los datos biográficos de Barco han sido tomados del "Estudio preliminar" de Miguel del Barco, *Historia natural y crónica de la antigua California*, edición, estudio preliminar, notas y apéndices de Miguel León-Portilla, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 1973 (Serie Historiadores y Cronistas de Indias, 3). Cabe señalar que la biografía de Barco que figura en la *Enciclopedia de México* está llena de errores e imprecisiones.

construyó depósitos que más tarde le sirvieron para regar el maíz que cultivaban los indígenas.

A continuación, se echó a cuestras la tarea de reedificar la iglesia, que levantó, entre 1744 y 1758, de cal y canto, con ornamentos y retablos. Todavía hoy puede verse esa magnífica construcción barroca, que resulta sorprendente en sitio tan lejano y desolado.

El padre Barco ocupó sus esporádicos ratos de descanso en redactar un documento relativo a la flora, la fauna, los minerales y otras noticias importantes sobre la California (1760), texto que remitió con otro religioso a México, a fin de que fuese enviado a Madrid para completar la obra de Venegas que a la sazón corregía el padre Burriel.⁴⁴

Dedicado a estos y otros menesteres, en San Javier lo sorprendió el decreto de expulsión de los ignacianos. Desde la misión de Loreto, el 3 de febrero de 1768, Miguel del Barco emprendió la travesía del exilio que vería fin a mediados del año siguiente, cuando se le autorizó a dirigirse a Italia.

En su época de misionero en San Javier, después de 1758, Barco tuvo oportunidad de leer la *Noticia* de Venegas-Burriel. Seguramente a partir de esa lectura se percató de la multitud de yerros y omisiones que presentaba dicho libro, defectos que, más tarde, él trataría de corregir. Pero su pretensión, si es que la alentó desde entonces, tendría que aguardar más de una década y un cambio de residencia. El exilio en Bolonia le daría la ocasión de hacer una relectura de la *Noticia*, de coleccionar algunos documentos, de hacer consultas e intercambiar puntos de vista con otros ex misioneros —como el padre Lucas Ventura, que contaba con 11 años de experiencia en la península— pero, sobre todo, de apelar a su propio caudal de recuerdos y observaciones, acumulados en 30 años de labor. Con todo ello, Barco procedió a elaborar sus “Correcciones y adiciones a la historia y noticia de la California en su primera edición de Madrid, año de 1757”. En esta empresa, el padre Barco trabajó unos siete años (1773-1780), con su meticulosidad característica, y lo que a la postre salió de su pluma fue algo más grande e importante que las enmiendas y agregados que su muy jesuítica modestia pretendía; en concreto, más de 400 folios de apuntes enteramente originales. Descontando las correcciones a la *Noticia*, unas breves y otras extensas, hay en este manuscrito dos grandes cuerpos independientes y bien articulados entre sí: uno relativo a la historia natural de la península y otro de crónica o relación de acontecimientos ocurridos entre 1752 y 1768.⁴⁵ Si se toman literalmente las cosas, puede afirmar-

⁴⁴ León-Portilla, “Estudio...”, p. XXIV.

⁴⁵ *Ibid.*, p. xv.



se que sí son complementos a la *Noticia*; la historia natural porque, a juicio de Barco, no estaba representada en el trabajo que “adicionaba y corregía” y la crónica porque ni Venegas ni Burriel tuvieron tanta información directa a mano o vivieron lo suficiente para historiar el periodo hasta el momento de la expulsión.

Sin posibilidad de publicar sus “Correcciones”, el padre Barco debe haber conservado su manuscrito a su lado y, al parecer, lo facilitó a Francisco Xavier Clavijero, quien mucho lo aprovechó en su *Historia de la Antigua o Baja California*.

El texto de Barco —tal vez a la muerte de su autor, ocurrida en Bolonia el 24 de octubre de 1790— pasó a incorporarse a algún archivo italiano. Hoy día se encuentra en el *Fondo Gesuitico* de la Biblioteca Nazionale Vittorio Emmanuele II de Roma (ms. 1413 y 1414).⁴⁶

En 1973, Miguel León-Portilla hizo la primera edición del manuscrito, al que, por criterios bien fundados que tienen que ver con la extensión y el tratamiento original que a su historia dio Barco, cambió el título primitivo por el de *Historia natural y crónica de la Antigua California*. León-Portilla publicó las secciones originales del padre Barco como una unidad inicial; las correcciones y adiciones figuran como apéndice al final de la obra. Se acompaña el libro con un profundo y documentado estudio crítico y con una considerable cantidad de notas explicativas.

Manuscrito

“Correcciones y adiciones a la historia de la California en su primera edición de Madrid, año de 1757”, manuscrito en 2 v. [1770-1775]. Biblioteca Nazionale, Roma.

Edición

Miguel del Barco, *Historia natural y crónica de la Antigua California [Adiciones y correcciones a la noticia de Miguel Venegas]*, edición, estudio preliminar, notas y apéndices de Miguel León-Portilla, México, UNAM, Instituto de Investigaciones Históricas, 1973, LXXXVI-466 p., ils., mapas (Serie de Historiadores y Cronistas de Indias, 3).

⁴⁶ Existen copias de éste en la Biblioteca “Eusebio Dávalos” del Museo Nacional de Antropología (D. F.), en el Instituto de Investigaciones Históricas de la Universidad Nacional Autónoma de México y en la Biblioteca Bancroft, de Berkeley.

Como ya se dijo, la disposición que Miguel del Barco dio a su escrito incluye dos partes: la primera de historia natural, subdividida en once capítulos, analiza la fauna y la flora peninsulares; el último de estos apartados se destina al estudio del reino mineral. En esta primera sección incluye también algunas de las notas de Venegas-Burriel que le parecieron certeras u oportunas y así lo hace constar, pero, desde luego, el material nuevo es incomparablemente más amplio y preciso que el de sus antecesores. En la nota preliminar que el padre Barco escribió para la primera parte, explica que, dado que Burriel se quejaba de no haber podido “desempeñar cabalmente” la tarea de hacer una historia natural de Baja California por “hallarse destituido” de las noticias necesarias, él mismo supliría tal carencia. Pero aun este mismo objetivo, lo expresa con toda modestia:

[Sobre esto] Quisiera yo haber podido comunicarle todo lo que he observado por mí mismo, y lo que por informe seguro de otros comisioneros he adquirido, para que el mismo erudito autor, con su acertada pluma, desempeñase cumplidamente el asunto. Mas ya que su temprana muerte nos privó de esta satisfacción, me ha parecido escribir estas noticias que suplan, de algún modo, esta parte de la historia de esta península.⁴⁷

Como se indicó, lo que Barco consideraba un texto “suplementario” se convirtió, a la postre, en una extensa historia natural, de mucha más calidad que la de Venegas-Burriel.

En cuanto a la segunda parte de su escrito, la crónica histórica, abarca cinco capítulos. Como la *Noticia* incluía veintidós capítulos sobre la historia de la Baja California, y como Barco pretendía llevar ese relato desde el año 1752 hasta el de 1767, escribió esos cinco apartados adicionales, que corresponderían a los capítulos XXIII-XXVII de Venegas-Burriel (en la edición de León-Portilla se numeraron separadamente del I al V). En esta parte el material etnológico es mucho más abundante que en la anterior, en particular con respecto a los grupos indígenas del norte de la península.

las descripciones versan, entre otros, sobre los siguientes temas: valoración de las capacidades y formas de comportamiento de los diversos grupos nativos [...] información cultural sobre los grupos norteños [...] trata con abundancia de detalles acerca de su indumentaria, utensilios, armas [...] tradiciones y creencias, fiestas y bailes, quehaceres, como la recolección y las cacerías.⁴⁸

⁴⁷ Barco, *op. cit.*, p. 11.

⁴⁸ León-Portilla, “Estudio...”, p. LVI-LVIII.

De los grupos aborígenes, a Barco le parecen mejores los del norte: los cochimíes, entre quienes él trabajó tantos años en su misión de San Javier. Los pericúes, huchitíes y guaycuras del sur son, en su concepto, gente inconstante, aferrada a su manera libre y salvaje de vivir y por tanto, propensa a rebelarse. Cualquiera que haya sido su juicio sobre la calidad e índole de los californios en general, hay que destacar que los pasajes de Miguel del Barco relativos a las costumbres y carácter de las etnias indígenas son, indudablemente, los de contenido más rico que se puedan encontrar en la historiografía misional de la península, y aquí justamente salen a relucir sus tres décadas de experiencia en el trato con los naturales.

Muy célebre es, por ejemplo, aquel relato en el que Barco se refiere al desconocimiento de la escritura que tenían los californios. Éste narra cómo un indígena partió de la misión de Loreto a la de San Javier con la encomienda de llevar unas cartas y unos panecillos al padre Ugarte. El indio se fue comiendo el pan en el camino, de modo que al llegar, sólo entregó la correspondencia. Por ésta supo el misionero del envío del pan, que de inmediato reclamó al correo. A esto, el indígena repuso que no le habían dado más que las cartas. Y como el padre insistiera en su solicitud, afirmando que el papel hablaba de los panes que se le remitían, el indio quedó sorprendido, pero perseveró en su negativa.

El caso se repitió poco tiempo después, y el indígena volvió a proceder de igual manera, pues, en el camino, luego de colocar la carta detrás de un peñasco, comió los alimentos que le habían dado en Loreto para Ugarte.

Llegado a San Javier, el padre Ugarte, leída su carta, le reconvino para que entregara lo que en Loreto le habían dado. Respondió que a él no le habían dado nada. Replicó el padre que él sabía bien que le habían entregado tal cosa, para que la trajera al padre. ¿Quién lo dice?, preguntó el indio. Éste lo dice, respondió el padre Ugarte, mostrándole el papel. Pues éste miente, repuso el otro; la otra vez es verdad que yo comí el pan delante de él, mas ahora yo le escondí y me puse donde él no me viera; pues si ahora dice que yo lo comí miente; porque él no me ha visto comer ni sabe lo que yo hice. Por este caso se conoce bastantemente cuán lejos estaban los californios de tener noticia del artificio de las letras.⁴⁹

Ante la “barbarie” de las costumbres indígenas no hace Barco tantos aspavientos como Baegert, por ejemplo. Las descripciones del misionero español sobre la rudeza de los usos de sus catecúmenos llevan

⁴⁹ Barco, *op. cit.*, p. 178.

menos calificativos que los que emplea el alemán. Por ello, quizá habría que pensar que a Barco le interesa más la difusión de las realidades de California, que la exposición de los sentimientos que experimentaba frente a ellas. Así, cuando se refiere a los hábitos de limpieza de los indios, puntualiza simplemente:

[Con el] trasiego de carbones, las manos [de las indias que preparan los alimentos] quedan tiznadas, de lo cual no hacen caso ni se inquietan por lavarse. Si se les ofrece entonces echar mano al rostro, no lo excusan, y con esto le comunica el tizne; y como están acostumbradas a verse unas a otras con el rostro tiznado, no es esto para ellas (ni para ellos) cosa que desdice. A esto se junta el que continuamente andan entre el polvo que con el sudor se pega más; y como no cuidan de lavarse sus rostros, suelen estar notablemente inmundos. Pero si se lavan, puede decirse que aún es peor; porque se lavan con agua caliente que recientemente sale de la fuente natural de cada uno. Y este modo de lavarse era común a hombres y mujeres de todas las naciones de la California, y algunos lo usan con frecuencia y aun todos los días.⁵⁰

Ciertamente, desde el tiempo de Venegas muchos fueron los jesuitas que escribieron sobre las etnias californianas, unos en trabajos formales, otros en su correspondencia, pero Barco fue el único que logró hacerlo de manera sistemática (hoy diríamos “científica”), de integrar un panorama general y articulado en torno a las costumbres y formas de vida de los indígenas de la península. Esto solo, aun sin considerar el valor de sus contribuciones al estudio del mundo natural, le reserva un lugar especialísimo en el catálogo de los misioneros historiadores de la Baja California.

JOHANN JAKOB BAEGERT (1717-1772)

En contraste con todo lo que a través de sus escritos el padre Baegert nos hizo saber sobre la Baja California y sus moradores, ignoramos casi todo lo relativo a sus antecedentes personales. Apenas quedan unos cuantos datos aislados respecto a lo que fueron su vida y sus trabajos entre los indígenas de la península.⁵¹

⁵⁰ *Ibid.*, p. 204.

⁵¹ Aparte de las escuetas referencias que incluye Rafael de Zelis (“Catálogo de los sujetos de la Compañía de Jesús que formaban la provincia de México el día del arresto, 25 de junio de 1767, formado en Roma por [...]”, en Priego, Zelis, Clavijero, *Tesoros documentales de México, siglo XVIII*, México, Editorial Galatea, 1944); la única biografía

Baegert nació en Schlettstadt, Alsacia, en 1717 e ingresó a la Compañía de Jesús siendo muy joven. En fecha indeterminada pasó a México, donde —según se afirma pero no se prueba— concluyó sus estudios eclesiásticos.

A partir de 1751 sirvió en la misión de San Luis Gonzaga, de indios guaycuras. Como otros tantos misioneros, a costa de grandes esfuerzos e inventiva por carecer de materiales y operarios capacitados, Baegert construyó casa e iglesia. Aparte de las visitas obligadas a su dispersa grey y de una sola travesía en canoa por el golfo de California con destino a la contracosta, Baegert no emprendió exploraciones ni viajes; él mismo apunta que los únicos paseos que hizo por iniciativa propia, no fueron más allá del patio trasero de su misión, y esto a la puesta del sol por el insoportable calor que siempre se experimentaba al mediodía.

En esta casa de San Luis, durante 17 años, Baegert atendió —en la medida de lo posible— la salud corporal y espiritual de sus indios. Según indica el misionero en el prólogo de su obra, aquí también leyó la *Noticia* de Venegas-Burriel, hacia 1759 o 1760 y, al igual que su compañero, Miguel del Barco, desde entonces Baegert tomó nota de las imprecisiones que plagaban el libro.

En febrero de 1768, luego de haber escuchado la lectura del decreto de expulsión de la Compañía de Jesús de los territorios españoles, Baegert salió de Loreto el día 3 del referido mes, junto con otros 16 misioneros (Wenceslao Linck, Lamberto Hostell, Beno Ducrue, Ignacio Tirsch, entre otros). Al parecer su viaje de regreso a Europa se realizó en brevísimo lapso; Juan Jacobo Baegert retornó a su querida Alemania en 1769, y fijó su residencia en Neustadt, donde murió hacia 1772 o poco después.

Movido por los infundios que corrían en Europa sobre la Baja California, por las malas traducciones y añadidos de la *Noticia* de Venegas y también por las solicitudes de sus coterráneos interesados en sus experiencias misionales americanas, Baegert escribió —presumiblemente hacia 1769— una obra fundamental sobre la Baja California y los indios guaycuras del extremo sur, cuyo título traducido sería: *Noticias de la península americana de California, con un doble apéndice sobre falsas informaciones, escrita por un padre de la Compañía de Jesús...*

De la estructura de sus *Noticias* hay que decir que es muy simple y que resulta ser la tradicional que observaron muchos jesuitas en sus tratados y relaciones: la parte primera describe la región, su topografía, hidrografía, fauna, flora y productos; la segunda versa sobre los

de Baegert con la que he podido dar es la de José Miguel Quintana, "Juan Jacobo Baegert", *Divulgación Histórica, revista mensual publicada por la editorial Helios*, v. 4, 1942.

indígenas de California, particularmente sobre los guaycuras, y trata de su lengua, costumbres y carácter. La tercera parte es una historia de las misiones del área hasta 1767.

No porque Baegert se hubiera ocupado del tema, hemos de creer que la evocación histórica del territorio donde vivió por más de tres lustros le resultara grata o entrañable. Esto se infiere claramente sólo con leer el párrafo que abre su “Prólogo”:

Todo lo concerniente a California es tan poca cosa, que no vale la pena alzar la pluma para escribir algo sobre ella. De miserables matorrales, inútiles zarzales y estériles peñascos; de casas de piedra y lodo, sin agua ni madera; de un puñado de gentes que en nada se distinguen de las bestias, si no fuera por su estatura y capacidad de raciocinio —¿qué gran cosa debo, qué puedo decir?⁵²

Su descripción del paisaje y de la fauna de California, tiende a producir en el lector la fuerte impresión de un mundo desolado, árido, pedregoso y, sin exagerar, totalmente olvidado de la providencia. Para muestra, véase uno de los párrafos del apartado que dedica a las variedades cactáceas de la península: “Parece que la maldición que Dios fulminó sobre la tierra después del pecado del primer hombre, haya recaído de una manera especial sobre California; hasta podría dudarse de que en las dos terceras partes de Europa haya tantas púas y espinas como en California sola [...]”.⁵³

Con todo, al estilo de general pesimismo del padre Baegert no le falta deletérea gracia cuando se refiere a las riquezas minerales y perlíferas de Baja California y a quienes las explotan. A los buzos que trabajaban en placeres de perlas los tilda de “pobres diablos” que se podían considerar afortunados si, luego de trabajar un par de meses extrayendo ostras, lograban hacerse de 100 pesos, por todo ingreso anual. De los dos únicos reales mineros californianos, Santa Ana y San Antonio, registra lo siguiente:

Los descubridores de ambas minas viven todavía (si no es que hayan muerto últimamente). El dueño de San Antonio se hizo tan rico con su negocio de extraer plata, que salió para España el año de 1767 con dinero pedido por el amor de Dios, para conseguir en la corte de Madrid, según los rumores que circulaban, una pensión en su carácter de descendiente

⁵² Juan Jacobo Baegert, *Noticias de la península americana de California*, traducción y edición de Pedro R. Hendrichs, introducción de Paul Kirchhoff, México, Porrúa, 1942, p. 3.

⁵³ *Ibid.*, p. 40.



del primer capitán español de California. Seguro es que no se ha llevado de California ni ha podido remitir a Madrid, ni [...] un real español de su mina de plata.

El otro [el dueño de Santa Ana] andaluz de origen, de profesión herrero y soldado de California después, es cierto que tiene algún dinero, porque hace pocos años que le compró en Guadalajara a su hijo y único heredero, una mujer al precio de 20 000 florines [nota: El muchacho nació en California y allí recibió su educación caballeresca entre los vaqueros de su padre...] [...]. Pero no debe su riqueza tanto a la explotación de su mineral como [...] a su carnicería, su comercio y, finalmente, a su increíble tacañería.⁵⁴

En general, el padre Baegert juzga que, dadas las características del territorio californiano, sólo pueden mantenerse en él tres tipos de personas: uno, los misioneros, que van a la península por caridad cristiana y por la salvación de las almas; dos, unos cuantos españoles-americanos pobres que no han encontrado forma de subsistir en la contracosta y que se desempeñan como soldados o vaqueros y tres: los propios indios que siempre han residido allí y que aman su tierra porque en ella nacieron y porque no conocen otra.⁵⁵

A lo largo de toda la obra, las aseveraciones del misionero renano sobre el territorio de California no dejan duda sobre el poco gusto que le cobró y la escasa utilidad práctica que le concedía a la ocupación de aquella zona:

Fuera de sus perlas, dos o tres especies de frutas, su cielo casi siempre azul y su clima que, en la sombra, no es demasiado cálido, California no tiene absolutamente nada que merezca ser elogiado, estimado o envidiado por los países más miserables del orbe.⁵⁶

Empero, aquí y allá aparecen afirmaciones lúcidas e interesantes sobre ciertos aspectos de la política de la Corona relativa a la península. En este sentido —acaso por sus propias deducciones, o por influencia de la opinión de Burriel externada en la *Noticia*— Baegert creía en la importancia estratégica que para España tenían las Californias y en las ambiciones que otras potencias europeas alentaban sobre ellas. Respecto a la exploración al norte de Baja California, el autor se lamenta de que hubiera fracasado el avance de la del padre Wenceslao Linck, en estos términos:

⁵⁴ *Ibid.*, p. 61.

⁵⁵ *Ibid.*, p. 64-65.

⁵⁶ *Ibid.*, “Primer anexo a las Noticias de California”, p. 225.

Es lástima que esta expedición hubiera tenido este desenlace, pues ahora pasará, tal vez, otro medio siglo hasta que otro hombre llegue al *non plus ultra* del p. Linck, si no es que las conquistas de los ingleses durante la última guerra en América del Norte, obligan a los españoles a hacerlo, o las expediciones de los rusos en Kamchatka (quienes ya realizaron un desembarque en América desde California, en el año de 1741).⁵⁷

En cuanto a la población, Baegert juzga que, pese a su barbarie y rudeza, los californios son criaturas felices o de las más felices que hay en el mundo, porque no ambicionan ni desean nada, sino que se contentan con lo que su pobre tierra les da. Además, dice que, por regla general, son:

tontos, torpes, toscos, sucios, insolentes, ingratos, mentirosos, pillos, perezosos en extremo, grandes habladores, y, en cuanto a su inteligencia y actividades, como quien dice, niños hasta la tumba; que son gente desorientada, desprevenida, irreflexiva e irresponsable; gente que para nada puede dominarse y que en todo siguen sus instintos naturales, igual a las bestias.⁵⁸

Al final de esta descripción, Baegert manifiesta su certeza de que todos estos rasgos del carácter de los californios podrían subsanarse si se les educara, desde su infancia, en buenos principios; dado que los indígenas tienen razón y discernimiento, como cualquier individuo nacido en Europa.

Capítulo interesante el que cierra el segundo libro, que incluye un pequeño estudio sobre la lengua guaycura, con algún vocabulario y la traducción del padre nuestro.

La última parte de la obra incluye un par de anexos relativos a “Las falsas noticias sobre California”, que, obviamente, se destinan a refutar la ingente cantidad de embustes y fantasías que corrían en Europa respecto a las riquezas de la península, supuestamente atesoradas por los misioneros, y a la tiranía que éstos ejercían sobre los soldados e indígenas de Baja California. Con caústico sentido del humor el padre Baegert desmiente uno a uno los infundios, apelando muchas veces a lo asentado en el texto de sus *Noticias*.

Aparte de su visión general, como se ha dicho bastante lúgubre y descorazonadora, entre las peculiaridades discursivas y estilísticas de las *Noticias* de la península de Baegert, cabe destacar que como el público lector al que esperaba dirigirse era, en principio alemán y, en

⁵⁷ *Ibid.*, p. 12.

⁵⁸ *Ibid.*, p. 109.

segundo término, europeo, sus afirmaciones continuamente establecen parámetros o referencias con las realidades del Viejo Continente (medidas, distancias, monedas, grados de fertilidad o aridez de la tierra, costumbres, educación, etcétera) Asimismo, en lo tocante a su propio estilo literario, Baegert se cree obligado a ofrecer disculpas: “Si mi modo de escribir resulta algo áspero y chocante y si a veces he pecado también contra la ortografía, recuérdese que durante 17 años, es decir, de 1751 a 1768, he tenido poca oportunidad de hablar el alemán y, en consecuencia, casi he olvidado mi lengua materna”.⁵⁹

Sobre este mismo asunto, Pedro R. Hendrichs, el traductor al castellano, indica que las advertencias de Baegert no son un rasgo de modestia, sino un hecho rigurosamente cierto:

Leyendo cuidadosamente palabra por palabra y fijándose en la estructura de las frases, se tiene la impresión de que el autor escribió originalmente el texto, o por lo menos, apuntes preliminares en castellano y que después se vio en apuros al tratar de encontrar las expresiones equivalentes en alemán, hasta el grado de tener que valerse de regionalismos de su dialecto renano o de tener que inventar traducciones artificiales de palabras alemanas que ya se habían escapado de su memoria.⁶⁰

Baegert es de los pocos cronistas que introduce citas bíblicas en sus líneas, algo que habitualmente hacían los historiadores de otras corporaciones religiosas y sobre todo en tiempos anteriores, pero no los jesuitas misioneros. Y aquí nuevamente se advierte que el autor espera llegar a un público culto; entretenerlo e ilustrarlo.

Fuera de estos refinamientos estilísticos propios de la época y de la mordacidad de Baegert, sus lectores actuales podrán pensar que el tono de las *Noticias* es desmoralizador en extremo, y tal vez tengan razón. En efecto, sin que llegue a falsear los hechos —la aridez del territorio californiano, el bajo nivel cultural de los indígenas, etcétera—, parece que el autor intenta destacar las aristas y las sombras de las cosas, antes que sacar a relucir su lado amable, por mínimo que sea. Los fundamentos de esta tendencia habría que buscarlos en varias circunstancias: por ejemplo, en que Baegert escribe ya ajeno a compromisos de toda índole con la administración española, lo que da libertad absoluta a la expresión de sus ideas; también es posible que experimentara contra el gobierno metropolitano cierto resentimiento, por lo demás explicable y justificado, a causa de la expulsión y los

⁵⁹ *Ibid.*, p. 8.

⁶⁰ “Nota del traductor”, *ibid.*, p. XLII.

malos tratos; asimismo, habría que considerar la mella que podían hacer en él las acusaciones que en Europa se le dirigían a la Compañía en el sentido de haberse enriquecido a expensas de las misiones y de pretender manejarse autónoma y despóticamente en sus territorios. Presentar una imagen descarnada de aquello que se juzgaba como el “botín” de los jesuitas, era la mejor forma de exonerar de los cargos a su instituto.

A causa de y contra todo esto, Baegert “levantó su pluma”, para pintar aquel miserable país donde, pese a todo, él quiso servir a Dios.

Ediciones

Nachrichten von der Amerikanischen Halbinsel Californien, mit einem zweyfachen Anhang falscher Nachrichten, Geschreiben von einem Priester des Gesellschaft Jesu..., Mannheim, 1771. [Hay una edición de 1772, corregida y aumentada.]

An Account of the Aboriginal Inhabitants of the Californian Peninsula, 2 v., traducción y arreglo para Smithsonian Institution de Charles Rau, Washington, Smithsonian Institution, 1863-1864. [Edición parcial y modificada.]

Noticias de la península americana de California, traducción y edición de Pedro R. Hendrichs, introducción de Paul Kirchhoff, México, Porrúa, 1942, XLIII + 262 p., mapa.

The Letters of Jacob Baegert, 1749-1761: Jesuit Missionary in Baja California, traducción de Elisabeth Schulz-Bishop, introducción y edición de Doyce B. Nunis, Los Ángeles, Dawson.